

La Ilustración

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Artística

AÑO XIII

BARCELONA 19 DE FEBRERO DE 1894

NÚM. 634



Cartel de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona,
proyecto y dibujo de José Luis Pellicer

SUMARIO

Texto.—*Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. *La confesión*, por Juan Buscón. — *Salón París*, por A. García Llansó. — *Palomo*, por Angel R. Chaves. — *Nuestros grabados.* — *Hechizo peligroso* (continuación). — SECCIÓN CIENTÍFICA: *Varios.* — *D. Emilio Arrieta.* — Libros recibidos.

Grabados. — *Cartel de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona*, por José Luis Pellicer. — *Bisonte atacado por lobos*, escultura de José Campeny. — *Salón de sesiones del ayuntamiento de Toledo*, cuadro de Ricardo Madrazo. — *Ermite Novelli.* — *El leñador y la muerte*, cuadro de Lhermitte. — *En la barbería*, cuadro de Alonso Pérez. — *Recuerdos de Llanerías*, tres paisajes de José Masriera. — Figs. 1 y 2. *Tranvías eléctricos en Chicago.* — *D. Emilio Arrieta.* — *Duque florentino*, acuarela de José Moragas Pomar.

CRÓNICA DE ARTE

El Círculo de Bellas Artes ha celebrado con gran brillantez su tercer baile de máscaras, que se efectuó en el teatro Real el lunes 5 del corriente.

Nunca fueron disputados con tanto encarnizamiento los billetes para asistir á esta fiesta. Señoras y caballeros invadieron durante tres ó cuatro días las salas del Círculo, no dejando á sol ni á sombra á los individuos de la comisión organizadora del baile, quienes hubieron de sortear más dificultades y compromisos que billetes de que disponían, y cuenta que disponían de algunos miles. Sin embargo, de los compromisos pudo salir al cabo la citada comisión, y las dificultades las venció, no sin que para ello hubiese tenido necesidad de toda la paciencia del más pacienzudo de los beneditinos.

Las señoras fueron las que más empeño demostraron en asistir al baile del Círculo de Bellas Artes. Anunciara la prensa que para cada billete de señora tenía dispuesta la sociedad un artístico regalo, y no era cosa de desairar á los artistas que habían venido trabajando durante meses en acumular el número suficiente de pequeñas obras de arte, con el objeto de cumplir el compromiso de galantería que desde la celebración del primer baile se impuso para el bello sexo el citado Círculo.

Recordarán los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que en la primera de estas fiestas, celebrada durante los carnavales de 1892, se regalaron á las señoras minúsculas panderetas, donde las paletas de notables pintores socios del Círculo y el ingenio de nuestros primeros poetas y escritores festivos habían hecho primores y derrochado gracia. Que en el segundo baile, artistas de la pluma y artistas del pincel avaloraron con sus talentos las vitelas de más de dos mil abanicos; pues en este tercer baile, el regalo, ó mejor dicho, los regalos simulaban por su forma externa sellos de Chancillería, que iban al pie de una hoja de pergamino, donde, en letra cancelleresca del siglo XVI (supongo yo lo del siglo XVI, pues no estoy muy fuerte en estas cosas), el Círculo de Bellas Artes extendía en toda regla una á modo de pragmática mandando reconocer á la favorecida con dicho documento por cuantos contendiesen de belleza como árbitra inapelable.

Los sellos pintados en número de dos mil, lo fueron por Moreno Carbonero, Martínez Abades, Cilla, Morelli, Ramírez, Peña, Andrade, Pulido, Mas, Lhardy, Gómez Rodríguez, Crespo, Villegas, Brieva, Romea, Marín, Bertodano, Alvarez Dumont, Cabansón, Florit, Fernández Nájera, Madrazo (D. Ricardo) Maura, Villapadierna y otros muchos pintores, socios todos del Círculo, y conocidos algunos de mis lectores por sus obras reproducidas en estas páginas. Contribuyeron también á estos obsequios con regocijadas quintillas y redondillas D. Víctor Balaguer, Manuel del Palacio, Estremera, Sinesio Delgado, López Silva y varios otros poetas cuyos nombres, de todos conocidos, harían interminable esta nomenclatura.

No por diminutas las pinturas y escasas de longitud las poesías dejaban de ser en gran parte verdaderas genialidades. De Moreno Carbonero había una cabeza de *paleta* magistralmente tocada (por cierto que desearía saber, y conmigo bastantes curiosos, el paradero de esta pequeña joya). De Martínez Abades varias marinas muy bonitas, tanto que alguna desapareció de la exposición por arte de encantamiento: verdad que se fué en compañía de otro sello pintado por Pulido y que era una nota veneciana muy luminosa. De Andrade había también varios paisajitos, recuerdos de Venecia, y de Peña alguna nota de color muy jugosa y fresca. No menos dignos de mención eran los apuntes de los paisajistas Lhardy, Mas y Rodríguez.

No brillaron menos por su gracia é intención las caricaturas de Cilla y Morelli. De este último había una que tenía toda la mostaza inglesa que suelen poner en esta clase de obras gráficas los caricaturistas paisanos de la mostaza aludida. Representaba un asistente cargado con un lío de colchones, sobre los

colchones un par de baúles, encima unas maletas y una sombrerera, y ¡todavía! una jaula con su correspondiente loro dentro, como remate de tal edificio. Para completar la burla, el pobre asistente lleva en los brazos un niño de pecho.

Hace pocos días que la venta de las obras del malogrado dibujante Gros, que figuraban en la exposición de *impresiones de viaje*, en instalación especial, ha terminado, si no con un resultado muy brillante, sin embargo de haber sido enajenado todo ó casi todo lo expuesto, por lo menos con mayor éxito del que pudiera esperarse, dada la terrible frialdad con que aquí se mira hace algún tiempo cuanto á arte, especialmente á pintura, se parezca.

Las primeras obras que se vendieron han sido los originales cedidos galantemente por el propietario de la revista *Blanco y Negro*, Sr. Tena. Las acuarelas, algunas que revelaban á un colorista de grandes condiciones, siguieron á los dibujos en lo de ser solicitadas y pujadas, pues la venta se hizo de este modo; tan sólo algunos estudios al óleo quedaron sin pospor por la elevación de los precios (harto modestos).

Por *fas* ó por *nefas*, es lo cierto que en las altas esferas oficiales viene hace algún tiempo mirándose las artes plásticas con un desdén verdaderamente desconsolador. A este desdén se debe que el movimiento artístico languidezca de tal modo, que á seguir así, dentro de muy pocos meses la sombra de mercado que para el pintor había en esta villa y corte de España desaparecerá por completo. Y culpo en gran parte de tal desastre al gobierno, especialmente á nuestros ministros de Fomento, que han venido consintiendo de años á esta parte que por exigencias de hacendistas *para uso de diario*, como dicen en cierta zarzuelilla, se merme la escasísima asignación que de tiempo inmemorial venía figurando en los presupuestos con destino á la celebración de Exposiciones nacionales de Bellas Artes y á la adquisición de obras de arte.

Por de contado, este año no se celebrará la Exposición bienal reglamentaria por falta de dinero. Es decir, que este palenque, al cual los artistas españoles ávidos de nombre, de gloria, de las condiciones en que para la lucha les coloca una medalla, concurren haciendo esfuerzos titánicos, algunos superiores á sus fuerzas, ya no existe. Como se le cierra á la juventud, á un número dado de pintores y escultores del porvenir, el palenque donde podían ganar los primeros lauros, aquellos que son como una promesa de los de mañana, suprimiendo por tiempo indeterminado, como viene aconteciendo hace ya año y medio, las pensiones en Roma. Como se les acabó á los artistas en general un medio para poder vivir y para poder luchar, suprimiéndose la escasa cantidad que se destinó siempre á la compra de obras de escultores y pintores premiados. Como se hace imposible la producción artística en esta patria donde tanto arte y tan bueno se ha producido, obligando al artista falto de mercado á asistir á concursos como el de la decorativa del palacio de Museos y Bibliotecas, donde estatuas colosales de mármol, modeladas á todo su tamaño, se pagan en la exigua cantidad de 15.000 pesetas, es decir, proporcionando al escultor un jornal de dieciocho ó veinte reales.

Desconsolador, repito, es el estado de nuestro arte en toda España; pero en ninguna parte, en ninguna capital de provincia, como Barcelona, Valencia, Sevilla, Granada ó Bilbao, donde al arte se rinde culto, ha llegado esta entidad á tan miserable postración y á tan caduco existir. En Barcelona, censurado ó no, el ayuntamiento convoca á certámenes anuales, que muy pronto habrán logrado acaparar para la ciudad condal todas las energías artísticas y anejas en la industria que se produzcan en España. Por de contado, sé que á la Exposición de Bellas Artes que se celebrará en el próximo abril, en el palacio del Salón de San Juan, acuden bastantes más pintores no catalanes que á la primera, realizada en 1891. Y acuden con obras de verdadera importancia. Y mientras que aquí en Madrid los «marchantes» de cuadros cierran sus establecimientos, y Bosch y Hernández dejan de celebrar exhibiciones particulares de las obras que para la venta les enviaban artistas como Pradilla, Sala, Villegas, etc., y el Círculo de Bellas Artes se ve precisado á clausurar antes del tiempo señalado para ello sus Exposiciones por falta de visitantes, en París se celebran sin cuento, durante los meses de primavera especialmente, fiestas artísticas cual los *salones* del Palacio de la Industria y del Campo de Marte, que revisten caracteres de verdaderos acontecimientos, y en Londres desde la Real Academia hasta la sociedad *Wather Colours*, por no mentar veinte sociedades artísticas más, ven atestadas de visitantes sus Exposiciones; y en Viena, y en

Munich, y en Dusseldorf, y en Milán, y en Roma, y en Venecia, y en Edimburgo, y, en fin, en casi todas las capitales de cierta importancia de Europa el movimiento artístico se revela con pujanza.

Y no hablemos de las obras escritas, de carácter historiógrafo y crítico, como de las que, pertenecientes á la entidad arte en sus diversas manifestaciones, ven la luz pública bajo el patronato de los gobiernos de las naciones cultas; de tal futesa no han llegado á tener idea alguna ni vaga ni concreta nuestros empecatados gobernantes. Si según Bacon, la historia de la humanidad sería la estatua de un ciego sin la historia del arte, porque ésta es el ojo de Polifemo, para nuestros ministros de Fomento la historia de la humanidad y la del arte y la cultura y todo eso son zarandajas. Entre los triunfos que en el extranjero puedan proporcionarnos nuestras artes y los tiquismiquis personales no hay discusión, no hay duda.

Mientras tanto, así para el estudio de nuestras artes como para la misma producción artística, seguiremos siendo feudatarios del extranjero.

En la ciudad de Ferrol se levantará pronto una estatua al insigne filántropo, hijo de aquella población, el marqués de Amboage.

Hace algunos meses que el ayuntamiento de la capital del departamento marítimo de Galicia convocó á un concurso á todos los escultores españoles para que presentasen al examen de la Academia de San Fernando los modelos para la estatua del citado filántropo. Han respondido á este llamamiento cinco escultores gallegos y uno castellano, residente en esta corte. Los modelos deberán ser juzgados muy en breve y expuestos al público.

El motivo que llevó á los ferrolanos al extremo de inmortalizar en el bronce á un convecino como el marqués de Amboage, no puede ser más digno de imitación y de aplauso. El marqués de Amboage legó un número de millones bastante respetable, para que sus rentas se empleen en librar del servicio de las armas á los mozos de las ciudades del Ferrol y de la Coruña que no cuenten con recursos para ello.

Voy á concluir esta *Crónica* con una nota triste, y eso que no abundan las alegres en las líneas anteriores. Son las dos y media de la madrugada y nos comunican la muerte del insigne músico español don Emilio Arrieta.

Seguramente que nadie que estas líneas lea habrá dejado de oír alguna vez las inspiradas creaciones de quien, en unión de Gaztambide y Barbieri, fué uno de los más geniales sostenedores del género lírico nacional.

Arrieta era hijo de modestos hacendados, y quedó huérfano siendo muy niño, pocos años antes de estallar la primera guerra civil.

Dice Peña y Goñi en un notable libro de la música española, que cuando por afición Arrieta pensaba en dedicarse á la labranza, su hermana doña Antonia, casada y vecindada en la corte, le llamó á su lado. Ya en Madrid y contando diecisiete años, comenzó á aprender el solfeo. Vista por su hermana la afición que á la música tenía Arrieta, lo llevó á Italia en su compañía, permaneciendo breve tiempo en Milán, de donde regresaron ambos hermanos á Madrid.

Volvió de nuevo el futuro autor de *El dominó azul* á la capital lombarda, donde hubo de sufrir privaciones sin cuento, que al fin hubieran dado en tierra con el genial músico, si la Providencia no le deparara, como le deparó en el conde de Litta, un protector decidido, que le proporcionó el que pudiese terminar sus estudios.

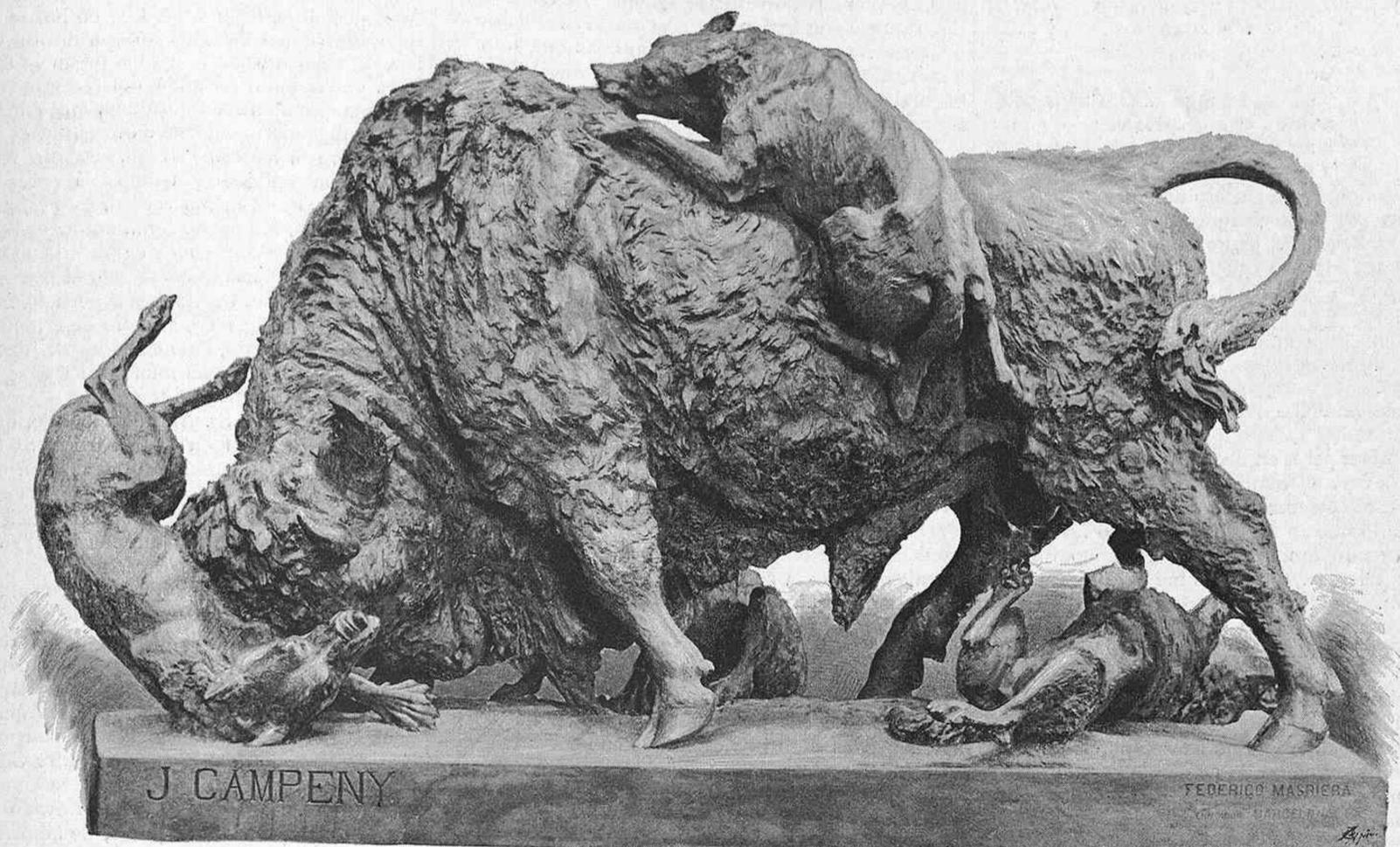
Las producciones más hermosas, las obras de Arrieta más inspiradas, ¿quién no las conoce? Son *El dominó azul*, *El grumete* y *Marina*. Dos ó tres generaciones se han sucedido ya, escuchando con deleite siempre estas apasionadas partituras del eximio músico; todavía se sucederán otras y otras tres, antes de que esas partituras dejen de encontrar labios que las encomien, corazones que respondan con sus latidos á la emoción artística de aquellas notas llenas de sentimiento y manos que se unan para aplaudirlas.

¡Descanse en paz el ilustre músico!

R. Balsa de la Vega

LA CONFESIÓN

Un leve rumor de pisadas deslizándose sobre la alfombra, el murmullo de algunas frases pronunciadas en voz baja hirieron el aguzado oído del enfermo. Abrió los ojos y vió acercarse á su esposa; tras ella avanzaba con el mismo silencioso paso una silueta delgada, un ropaje negro, que se detuvo discreta en medio del aposento; la luz de una lámpara pen-



BISONTE ATACADO POR LOBOS, escultura de José Campeny, fundida en bronce en los talleres de Federico Masriera (Salón Parés)

diente del techo iluminó el semblante de un hombre joven todavía; un rostro austero, surcado de prematuras arrugas, cuya expresión severa, monacal, aparecía templada por el mirar bondadoso y triste de dos grandes ojos azules.

- ¿No duermes, Andrés?, preguntó con cariño la dama inclinándose sobre la cabecera del lecho; mira..., aquí está el Padre Miguel..., puesto que has deseado verle...

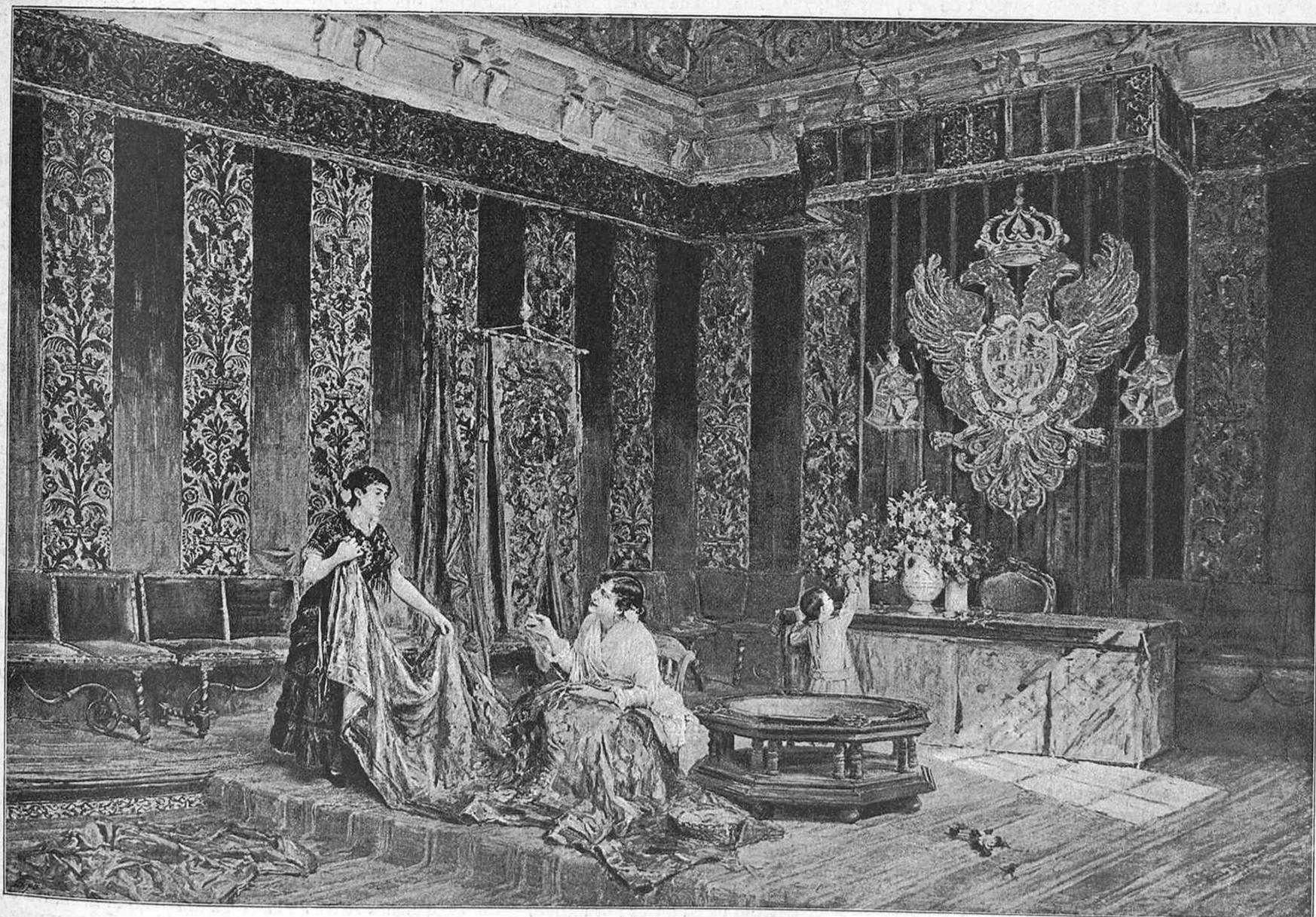
- Sí..., gracias..., replicó el paciente con acento bastante entero, pero en el que vibraba una emoción mal reprimida. Déjanos solos, Teresa.

Retiróse ella, adelantó algunos pasos el sacerdote, que se sentó en una butaca, junto á la cabecera, después de dirigir una frase de saludo y de echar una larga mirada sobre la fisonomía del enfermo. Este, semi-incorporado, apoyando las espaldas sobre dos grandes almohadas, examinaba á su vez al cura, con

ansiedad mal oculta, cual si quisiera leer en los rasgos de su faz lo que podía esperar de su benevolencia ó de su rigor.

- Padre mío, dijo tras un largo silencio, he vacilado mucho antes de llamar á usted.

- Y ¿por qué, hijo mío?.. Desde el momento en que usted me llama, sin que por ahora haya ningún peligro, pues me han dicho que estaba usted mucho mejor, gracias al cielo, he de suponer que es usted



SALÓN DE SESIONES DEL AYUNTAMIENTO DE TOLEDO, cuadro de Ricardo Madrazo

un buen cristiano, y nuestra presencia no puede afigir ni espantar á los que piensan en Dios y creen firmemente en él.

— Es verdad, pero...

— Hábleme con entera franqueza..., no tema usted nada, prosiguió cariñoso el sacerdote viendo que el enfermo se detenía; D. Andrés, considéreme usted, aunque esta sea la primera vez que nos veamos, como un amigo, como un sincero amigo.

— Gracias por estas palabras... ¡Si supiera usted qué bien me hacen! Sí, padre, se lo diré todo, todo. Por eso he querido que viniera aquí un ministro del Señor á quien abrir mi alma atormentada.

— Pues ¡ánimo, amigo mío! Hable usted, y cuando se cansé tome todo el reposo necesario, que yo no llevo prisa alguna.

— Padre, he de empezar por decir á usted, que hace ya más de veinticinco años que no me he confesado.

— Ya es algo; pero, en fin, nunca es tarde cuando llega, dijo el cura sonriendo.

— Y añadiré con toda lealtad, pues no quiero ocultar nada de lo que en mí pasa, que si yo no hubiese visto tan cercano, tan inminente el último instante de mi vida, tal vez..., tal vez no me habría resuelto á la confesión.

— Bueno es que se haya decidido usted..., aunque confío que continuaremos viéndonos durante largo tiempo. Su señora esposa me ha dicho que, según opinión del médico, había desaparecido todo peligro. D. Andrés sonrió amargamente.

— No, padre; el peligro no ha desaparecido; existe siempre. Verdad que desde ayer he mejorado bastante y que en estos momentos me siento más fuerte y puedo hablar casi sin cansancio...

— Ya ve usted...

— Pero llevo encima una enfermedad que no perdona; el peligro subsiste, y si se reproduce el ataque, lo cual puede suceder de un instante á otro, me mueren sin remedio.

— Vaya, deseche usted aprensiones y temores...

— En fin, será lo que Dios disponga, suspiró el enfermo. Lo que no quiero es morir con el peso horrible que tengo sobre mi conciencia desde tantos años.

— Y que la absolución disipará si el arrepentimiento es verdadero.

— ¡Oh! Sí lo es, padre... Veinticinco años hace que me arrepiento, que lloro... á escondidas; que llevo clavada en mi corazón esta imagen espantosa de mi crimen.

Estremeciéndose el clérigo y dirigió una profunda mirada sobre el penitente, quien prosiguió tras un gemido:

— De mi crimen, sí; no puedo llamar de otra manera á aquella acción que cometí, cuyo recuerdo me persigue noche y día, que se levanta ante mis ojos como un espectro. ¡Ah! ¡Cuánto he padecido! ¡Cómo tortura el remordimiento, padre! ¡Cómo asesina al alma y al cuerpo! Tengo cincuenta y tres años escasos y mi aspecto es el de un viejo decrepito; soy rico, riquísimo, considerado, envidiado; tengo una mujer que es un ángel, dos hijos sanos, robustos, inteligentes, buenos; mis negocios han prosperado siempre..., todas las condiciones, en una palabra, para ser feliz..., y, sin embargo, soy y he sido el más infeliz de los hombres...

— Cállese usted, hijo mío, cálmese usted, murmuró la voz apiadada del sacerdote; no hay culpa, por grande que sea, que no rediman las lágrimas de la contrición... Desahogue su conciencia y espere en la misericordia sin límites del Señor.

Permaneció el enfermo silencioso durante unos segundos y luego continuó con acento más reposado:

— Veinticinco años atrás era yo un pobre diablo, de condición humildísima, sin bienes ni instrucción de ninguna clase, sin padres ni protectores. Con mucha ambición, esto sí, y grandes deseos de enriquecerme; con mucho desasosiego también, porque veía difícilísimo alcanzar, á pesar de mis afanes, esa fortuna en que pensaba continuamente. Figúrese usted que todo mi haber se reducía á un menguado tenducho de ropavejero, sito en un barrio pobre y en donde empezó á endurecerse el corazón en aquella lucha diaria que mi comercio me imponía con gentes sin recursos que venían á mi tienda para dejar, á cambio de algunos reales, sus ropas, sus harapos, sus desvencijados muebles. Y entre ellas y yo se entablaba la disputa sordida, el regateo feroz, entremezclados de groserías y á veces de lágrimas. Cuando pienso en ciertas escenas se me subleva todavía el estómago; pero entonces no experimentaba aún la menor repulsión. Yo ejercía mi oficio, y el oficio excluye los repulgos y los sentimentalismos. Una noche se me presentó en la tienda una mujer, una señora, á quien conocía ya por haberle comprado varios muebles y

algunas prendas de vestir; era la viuda de un teniente, muerto físico un año antes, á la cual el gobierno no quería reconocer la viudedad, con dos hijos, un niño y una niña, y mucha, muchísima miseria. Vivían en un mal sótano, y el hambre, la falta de trabajo y la falta de salud habían obligado á la pobre á vender uno tras otro los últimos despojos de un antiguo bienestar. Antes que el marido había muerto el padre de éste, un viejo excéntrico, receloso, que habitaba con su hijo y con su nuera, á los cuales sacaba de apuros cuando venían días de estrechez. Suponíase que el anciano guardaba ahorros importantes, pero murió una noche repentinamente, y todo lo que se le encontró fueron cuarenta duros escondidos en una cómoda. Crecieron entonces los apuros del matrimonio, enfermó luego el teniente, murió, y la miseria más horrible penetró en la casa de la viuda. Aquella noche venía á mi tienda para que pasase yo por la mañana del siguiente día á comprarle unos pocos trastos que le quedaban. Recuerdo que me pidió cuatro reales adelantados para comprar pan: sus hijos y ella no habían comido desde la víspera...

Detúvose el enfermo para tomar aliento: el cura escuchaba silencioso, inmóvil en su butaca, apoyada la cabeza sobre la palma de su mano.

— Al otro día fuí, en efecto, á la casa de la viuda, siguió diciendo el enfermo, y aun cuando tenía ya el alma acorazada, casi me impresioné al ver tanta miseria; al contemplar, sobre todo, la sombría resignación de aquella mujer que dejaba á mi conciencia la valoración de los pocos muebles que la quedaban. Dí por ellos algo más de lo que en otra circunstancia hubiese ofrecido, y me llevé, lo recuerdo muy bien, una antigua cama de matrimonio, cuatro sillas, un sillón y un armario. En la casa quedaron únicamente un jergón, un par de viejos colchones, una almohada y dos malas sillas. De los muebles comprados lo mejor era el sillón, de magnífico nogal, muy bien esculpido y cubierto de una tapicería que en su tiempo debió ser soberbia, pero que el uso continuo había dejado inservible y los remiendos desfigurado por completo. «Con echarle un asiento y un respaldo de cordobán ó de terciopelo, me dije yo, y una buena limpia en la madera, va á resultarme un sillón de gran efecto, que venderé á buen precio.» Y así me dispuse á hacerlo á los tres ó cuatro días siguientes. Cogí el mueble, arranqué la tapicería que lo cubría, y al examinar los muelles tropezó mi mano con un envoltorio allí escondido. Abríle con la natural curiosidad, y juzgue usted de mi estupor al encontrarme con cinco paquetes, cuatro de ellos conteniendo monedas de oro de á cinco duros; el otro onzas y medias onzas. Había por valor de 1.800 duros. Otro envoltorio, metido dentro del primero, encerraba dos fajos de billetes de Banco por valor de 2.500 duros: en conjunto 4.300 duros. El primer impulso que sentí fué el de una alegría loca, inmensa... «Ya eres rico, pensé; ya tienes cuando menos la base sólida para conquistar una fortuna, para echar los cimientos de una gran posición.» Con aquel dinero en mi poder me sentía con bríos suficientes para emprender una serie de pingües negocios. Pero una reflexión vino luego á amargar mi júbilo, á destruirlo. El tesoro tan casualmente hallado, ¿era mío por ventura?..

¿Podía yo creer que me correspondiese legítimamente? Entonces recordé lo que había oído decir más de una vez, el inexplicable chasco sufrido por el teniente á la muerte de su padre; sabíase que éste tenía ahorros, y ahorros importantes, que no se encontraron en ninguna parte. Era evidente que el receloso viejo tenía su escondite en aquel sillón en donde se le veía siempre sentado, y que su súbita muerte no le dió tiempo siquiera para revelar el secreto á su hijo. ¡Qué horrible lucha se trabó desde aquel instante en mi alma! «El dinero es tuyo, me gritaba la codicia; completamente tuyo. ¿Has hecho acaso nada ilegítimo para atraértelo? Un tesoro ignorado ¿no es por ventura del primero que lo encuentra? Fuera escrúpulos necios..., esta suma te pertenece.» «¡No, gritaba á su vez la conciencia, el dinero era del viejo y hoy es de sus nietos; es de aquella viuda, de aquellos huérfanos que hoy se mueren de hambre y de frío; verdad es que no se lo has quitado tú, pero ahora se lo quitas; no devolviendo lo que es suyo, robas; haces más que robar, asesinas, puesto que les despojas del pan, del medio de vivir que con esta suma tendrían... Devuelve el dinero, Andrés, devuélvelo...» Y en esta repugnante lucha pasé, padre mío, cinco días...

Jadeante, rendido, calló por algunos minutos el enfermo. Inmóvil siempre en su asiento, el sacerdote escuchaba en silencio: al fin sus labios descoloridos se abrieron para preguntar con voz sorda:

— ¿Qué decidió usted hacer por último?

— ¿Qué decidí?.. Ahora verá usted, replicó don Andrés haciendo un esfuerzo. Busqué un arreglo...,

una componenda; las conciencias cobardes son así; no tienen ni la firmeza de la honradez, ni la energía del crimen. Una mañana, tras una noche de insomnio, de angustia, creí haber dado con la mejor solución. «Daré mil quinientos duros á esta mujer; para ella esta suma será un fortunón, tanto más grande, cuanto más inesperado; sale de apuros, comen ella y sus hijos, son felices...» «Pero, saltó otra voz interior, y ¿cómo le explicas á esa mujer la procedencia del dinero?... ¿Diciéndole la verdad, esto es, parte de la verdad?... No, No puede ser..., entonces sospecharía, dudaría, creería que en el escondrijo había mucho más y que tú te has quedado con la mayor parte del dinero... Hay que buscar una explicación..., otro motivo..., otro medio.» Y en medio de esta nueva lucha que se trabó en mí, vino de pronto á distraerme la presencia de un guardia municipal que se venía con frecuencia á charlar á mi tienda.

— «¿Sabe usted, Sr. Andrés, me dijo, que anoche hubo una desgracia en estos barrios? Sí, una pobre viuda, que no pudiendo soportar más su miseria, se ha suicidado, asfixiándose en su cuarto con sus dos pequeñuelos... Se les encontró exánimes á los tres..., es decir, al chico (la otra era una niña) se le ha podido salvar, pero la madre y la niña eran ya cadáveres. Y usted la conoció de fijo á esta pobre señora, añadió el guardia; es aquella que le vendió algunos muebles días atrás.. Se llamaba doña Marta.»

— Imposible me sería, prosiguió el enfermo con acento ronco, describir lo que experimenté al oír eso: quedéme embrutecido, atontado. Aquella misma noche caí postrado en cama; una congestión cerebral me tuvo durante largos días entre vida y muerte. Cuando convaleciente, corrí fuera de mi casa en busca de aquel pobre huérfano salvado milagrosamente; quería servirle de padre, de amparo, darle todo lo mío, buscar en su felicidad la expiación de mi crimen... ¡Ay!.. No pude encontrarle; había desaparecido... Dijéronme que un antiguo militar, compañero de su padre, le había tomado consigo y marchado con él, sin saberse adónde...

Detúvose nuevamente el narrador y enjugó con su pañuelo la faz angustiada y sudorosa: el clérigo tenía la suya oculta entre las dos manos.

— Desde aquel día, continuó D. Andrés, empezó para mí una doble existencia: de interesante prosperidad material y de incesantes torturas morales. Me precipité con una especie de vértigo en la corriente de los negocios, y aquellos cuatro mil duros se multiplicaron en mis manos de una manera fabulosa: diez años después tenía más de trescientos mil; hoy poseo más de un millón. Todo me salió á pedir de boca; pero... ¡qué cara pagaba mi creciente riqueza! ¡Siempre el remordimiento clavado aquí como un puñal! ¡Siempre ante mis ojos las imágenes de las pobres víctimas reprochándome con la terrible tenacidad de los espectros su miseria y su muerte... ¡su espantosa muerte! Más de una vez, exclamó el enfermo incorporándose más sobre su cama, en una suerte de delirio, extraviadas la voz y la mirada; más de una vez he acudido al templo, cuando la obscuridad lo invade, y allí, en un rincón, arrodillado, mordiendo el pañuelo para sofocar mis sollozos, llenos los ojos de lágrimas, pedía perdón á Dios. Entonces quería postrarme á los pies de un sacerdote y confesarle mi culpa; avanzaba hasta el confesonario y... entonces huía; tenía miedo... ¿de qué?... no sé... de mí mismo... de una falsa vergüenza... Ansiaba el perdón y no me atrevía á buscarlo. Pero ahora sé que me muero, y quiero morir en paz: dígame, padre, ¿me perdonará Dios? ¿Me perdonarán mis pobres víctimas?

Púsose en pie el sacerdote, majestuoso, imponente; una expresión de bondad casi divina iluminó su rostro, y con voz que la emoción velaba:

— Sí, pecador, Dios te perdona, porque tu expiación ha sido grande y tu arrepentimiento es sincero; te perdona porque así se lo pido desde el fondo de mi alma, yo que también te perdono, yo el hijo de la pobre Marta...

Extendió el brazo, pronunció la frase sacramental y todavía flotaba en el aire la última palabra de la absolución, cuando el enfermo, desencajada la faz, dilatados los ojos por indecible espanto, saltó sobre su lecho; después un estremecimiento sacudió todo su cuerpo, para quedar en seguida paralizado por la muerte.

JUAN BUSCÓN

SALÓN PARÉS

UNDÉCIMA EXPOSICIÓN EXTRAORDINARIA

Próxima á inaugurarse la Exposición general de Bellas Artes que se organiza bajo la iniciativa y auspicios del Ayuntamiento de Barcelona, y próximas también á abrir sus puertas las que simultáneamente



ERMETE NOVELLI, célebre actor italiano (De fotografías de Audouard y C.^ª).

tendrán lugar en París, Viena, Milán y Amberes, aun ha podido el Sr. Parés disponer en su conocido salón una exhibición artística, inferior por el número de las producciones, pero superior por su calidad á las organizadas en los años anteriores. Si para formarla ha presidido un trabajo de selección ó los artistas han puesto especial empeño en testimoniar, por medio de sus obras, sus aptitudes, son minucias que desconocemos, y hemos de concretarnos por lo tanto á expresar la grata impresión que nos ha producido su armónico y equilibrado conjunto, revelador de la pujanza artística de esta región, en donde, por fortuna, los pintores van abandonando antiguos y manoseados moldes para lograr personalidad, aproximándose, adhiriéndose, los más de ellos, al movimiento evolutivo moderno que proscribió los recursos de la guardarropía y del mentido efectismo.

Salvo un limitado número de obras, debemos considerar la Exposición como una reunión de estudios, como un agradable conjunto de manifestaciones pictóricas, bellas por sus diversas tonalidades, interesantes por las tendencias y progresos que revelan, pero faltas de concepto psíquico, con ausencia de asunto, sin los caracteres distintivos del cuadro, en el que puede manifestarse la genialidad del artista al sorprender escenas, dramas, pasiones que á su alrededor se desarrollan y que al trasladarlos al lienzo constituyen brillantes páginas de la historia de nuestra época. Esto no obstante, la exhibición resulta provechosa y en extremo plausible el esfuerzo de nuestros artistas, que aun confundidos en varios grupos bien definidos, no difieren los más por la identidad de sus aspiraciones. La evolución ha tiempo iniciada se ha convertido en hecho, se ha realizado á satisfacción de cuantos nos interesamos por el progreso artístico de nuestro país. Los primeros campeones del modernismo, aquellos que profundamente contagiados por las corrientes transpirenaicas trataron de desterrar el amaneramiento y los recursos empleados por los coloristas, han logrado un señalado triunfo, del que no deben en manera alguna envanecerse, porque son á la par vencedores y vencidos. La primitiva nota grisácea que importaron se ha ido amoldando á las tonalidades que determina la luz en nuestro país, resultando precisa, justa y sin exageración; como ha desaparecido la mentida brillantez efectista empleada por los del opuesto bando. De ahí que cautiven por su precisa entonación, por el ambiente, por su admirable conjunto los tres estudios de Ramón Casas, y que interese en extremo por la poesía y el sentimiento que ostenta el delicado cuadro de *La niña convaleciente*, en el que Santiago Rusiñol aparece tan artista como pintor. La mayoría se aproxima, se compenetra, y así en los paisajes como en las marinas, en los cuadros de género como en las figuras ó cabezas obsérvase la aproximación. Cierta es que alguno, cual acontece á Román Ribera, no ha variado y permanece fijo, porque fijos eran sus conceptos artísticos, sólida la escuela por él cultivada; pero esta inmutabilidad no debe sorprender, porque es distintiva de la maestría, y si devotamente contemplamos las obras por él ejecutadas hace años, que se sostienen valientemente desafiando los rigores de la crítica, hoy con mayor motivo admiramos su bonito cuadro de género, titulado *Al levantarse*, y con mayor razón la inimitable figura de la elegantísima dama que en traje de *soirée* preside la Exposición.

La extraordinaria fantasía de Baldomero Galofre ha aportado un lienzo representando la campiña gallega, destacándose en primer término la típica carreta cargada de heno y una marina pintada con valentía; Cusachs, el pintor militar, una escena de campaña y un episodio de combate, tan bien concebido como ejecutado, fragmento ó estudio de un cuadro de mayor importancia; Francisco Masriera, el ferviente pintor de lo bello, presenta tres cuadros que ofrecen igual número de aspectos: *Buenas noticias*, en que resulta extremada la nota de belleza; *En el mirador*, apunte justo de una escena semi-campesre y que se halla dentro del concepto modernista, y una preciosa cabeza, *Fantasia*, bien escorzada y bien pintada; Manuel Cusi, que perseguía, cual Masriera, el mismo ideal, la belleza, no ha renunciado en su empeño; pero su *Carnaval* no resultará para la masa de visitantes de la Exposición lo que significa su obra, esto es, un noble propósito, un deseo de resolver un problema de tonalidad, cual el que determinan los torrentes de luz artificial de una sala de espectáculos sobre los rasos y las sedas y aun el rostro de la joven disfrazada; más afortunado Luis Graner, hase limitado á exponer obras del género que le han conquistado ya celebridad, entre las que descuella *El guitarrista*, de amplia factura, con igual solidez que la que se observa en otras producciones de este artista, en cuya paleta se amasa esa gama tan castiza y tan sobria.

Juan Llimona, discreto como ha de serlo quien como él tiene ya abolengo artístico, no se halla á igual altura en su *Misa mayor* y en su *Recort de Banyolas*, de hoy, que en sus lienzos de ayer. Desde que en su fervor místico, que respetamos, acentúa su nueva tendencia, desaparece con ella el sentido intérprete de los cuadros de costumbres de nuestro país. Ya no causan sus lienzos la misma impresión que hace años producían *La primera dent*, *¡Chist!*, *Los emigrantes* y otras más delicadas concepciones, representación de tiernos afectos, de puros goces del hogar, del santuario de la familia: en análoga situación hállase Agustín Robert, pues aunque su *Fabiola*, como estudio de campesina resulta bastante discreto, nadie adivinará en ella la heroína cristiana, la bella creación del cardenal Wissemann.

La solitaria herrería, en la que aún humea la fragua y parece como si el eco repitiera el sonido del rudo golpear de los martillos sobre el yunque, produce el admirable efecto que se propuso su autor, el Sr. Soler de las Casas. La potente fuerza del sol iluminando el exterior que se divisa por la abierta puerta de la herrería, no sólo produce un sorprendente contraste con la tonalidad del interior, con las ennegrecidas paredes y las amarillentas escorias, sino que también expresa el tiempo, la hora del descanso, el momento que en la tradicional *siesta* busca el herrero medio reparador para reanudar con energía su ruda faena. Si bella fué la idealista concepción cristiana; si en la representación de María han apurado artistas y poetas el caudal de su ingenio y del sentimiento, preciso es consignar que igual empeño ha tenido Tamburini al concebir y ejecutar su bellísima *Anunciación*, nota poética y sentida, delicada y pura, cual ha de serlo el concepto que envuelve. La *lechera de Vallvidrera*, de Modesto Teixidor, debe incluirse asimismo en el número de los lienzos tanto modernistas y de carácter regional, estudiado del natural con discreción, peculiar cualidad de este artista que no en balde ajusta su conducta á la significación de su nombre.

El *Descanso*, de Francisco Miralles, constituye una nota interesante en la que reposa apaciblemente la vista para apreciar su rica y valiente entonación, la gallardía de la factura y la exactitud del trazo: en el *Pont Neuf* pocos adivinan que su autor sea el conocido marinista Meifrén, que así en este lienzo como en los apuntes de *Asnières* y *Venecia*, resulta con igual discreción, con la misma facilidad para reproducir la tierra que el mar, la plaza pública y el boulevard, que el puente de un buque ó la débil barquilla.

Las dos pinturas al pastel y los dos apuntes de Venecia, obra de Arcadio Mas y Fontdevila, son manifiesto testimonio de su carácter, de su nervosismo, de sus inquietudes, dudas y vacilaciones. Con sobra de cualidades y reconocidas y probadas aptitudes, empuñase en abandonar de vez en cuando su camino, sin tener en cuenta que, por no ser el suyo, lo recorre incierto y vacilante. Sus cuadros son recomendables, pero no revelan la valía del artista, ni recuerdan las bellas producciones que le han conquistado justificado renombre. Dionisio Baixeras presenta iguales muestras de consecuencia, y si alguna observación puede hacerse á su notable marina, es la de que ha logrado un verdadero triunfo con sus *Señales de lluvia*, hallando medio para representar cuanto se propuso con extrema y plausible simplicidad. Más afortunado en el apunte del puerto que en los otros dos lienzos, pero no tanto como en la marina que figura en el Museo Municipal de Bellas Artes, resulta Juan Baixas, y elegante y bonita la cabeza de Galofre Oller.

José Masriera y Modesto Urgell, al nivel de siempre, esto es, indiscutibles como paisistas, y la nota verdad y la reproducción exacta del natural el primero, y la apacibilidad en el celaje y en la naturaleza el segundo. *Lo de siempre* titula Urgell con su peculiar humorismo uno de sus paisajes, y ciertamente ha de resultar como siempre agradable, atrayente, cuanto produce. Sigue Aurelio Tolosa con acierto las huellas del maestro, y Tomás Sans avalorando sus obras, conforme lo demuestran el *paisaje* y las *lagunas*. Armet evoluciona cual si se empeñara en abandonar aquellos bosques, aquellas frondas, frescas y jugosas, que antes le cautivaban, para adoptar la paleta que hace años trajo Larraga de la costa cantábrica, y éste la destierra por un amasijo de colores efectistas. La *beguda* de Pinós, el paladín de la escuela olotense, supera á sus anteriores producciones, resultando una discreta manifestación del género ruralista.

Las *murmuraciones* de Joaquín Agrassot y los cuadros y escenas de costumbres de Germán Gómez representan la escuela valenciana, que se sostiene con su característica nota de espléndida luz y brillante colorido, lo mismo que Roig Soler con sus recuerdos

ó apuntes á plena luz de Blanes y Badalona. El *estudio*, de Utrillo, revela el deseo de su autor; no así los de Felfu, quien presenta tres cabezas tan bien dibujadas como pintadas.

El *simbolista* y el *fanático*, de Zuloaga, podrán representar los tipos de tales; pero su *Ribera del Oise*, ni como novedad puede admitirse, ya que el limitar por medio de una línea negra el contorno de las nubes, de la ribera y de la figura, pudo aplicarse á las vidrieras de los templos en el siglo xv, pero nunca á las producciones de un arte serio.

En resumen, y conforme hemos ya dicho, la exposición resulta provechosa. Por ella vese que los artistas van desterrando los tonos brillantes, pero falsos, y las ingeniosas combinaciones, sustituyéndolos con la sencillez, la verdad del natural y el sentimiento. El modernismo razonable y lógico va imponiéndose; falta únicamente que el pincel se subordine al pensamiento, el procedimiento á la imaginación. Que nuestros artistas se inspiren en acciones y conceptos que sean la gráfica representación de la idea de nuestra época y de las pasiones que agitan á la humanidad, sin acudir para producir efectos á los recursos de guardarropía, completamente olvidados como escénico atavío de ridículo comparsa.

A. GARCÍA LLANSÓ

PALOMO

I

Como bonito no lo era. Quizá en otras condiciones sociales, bien peinadas sus enredadas lanas, mantenido con cosas más substanciosas que las sobras, en ocasiones bastante escasas, de nuestro rancho, hubiera sido por lo menos un animal presentable. Pero sin otro aseo que el que se dignaban prodigarle las nubes, con el ojo derecho vaciado de un bayonetazo y la oreja izquierda cercenada por un casco de metralla, la verdad es que Palomo, como le llamábamos todos en el provincial de Laredo, que era el batallón en que yo había hecho la campaña, no podía pasar en parte alguna por un perro favorecido siquiera medianamente en lo físico por la mano, no siempre cariñosa, de nuestra madre naturaleza.

En cambio en lo moral, ya era otra cosa. Yo, que tengo mis razones para creer que eso de que haya hombres y mujeres con el corazón de oro dista mucho de parecerse á la verdad, sostengo y afirmo que hay perros que, no sólo de oro, sino de perlas de Golconda y de diamantes orientales tienen formada esa entraña, centro de vida y regulador de pasiones.

Y lo que es en eso Palomo podía apostárselas con el más empingorotado de su raza. Desde el sentimiento de la patria hasta el cariño que por mí sentía, no había cuerda en aquel organismo que no vibrase con una bondad y una ternura que ya la quisieran para sí muchos que no sé en virtud de qué privilegio se sostienen en dos patas menos que el perro de mi batallón.

Pero vamos al caso y dejémonos de digresiones. Cuando tomé la absoluta, que fué á los pocos meses de darse Maroto y Espartero el célebre abrazo de Vergara, que entre paréntesis diré que fué saludado con un gruñido de mal humor por el protagonista de mi cuento, tomamos Palomo y yo el camino de mis lares.

El único premio que él había recibido por salvar dos veces mi obscura existencia y una la gloriosa bandera que nos guiaba al combate, eran las dos imperfecciones de que ya queda hecha mención. A mí sólo me había alcanzado una cruz pensionada con diez reales al mes y los galones de estambre que, una vez licenciado, ni siquiera me servían para meter antes que los soldados rasos la cuchara en la olla del rancho.

En cambio en mi pueblo nos esperaba á ambos una recompensa de bien distinto género. La mía estaba ya preparada, y era nada menos que una más que regular fortuna que á su muerte me había dejado un tío materno, á quien todos creíamos más pobre que las ratas, y que á decir verdad, si me dejó los pucheros de onzas que tenía achocados en su zaquizamí, más que á cariño hacía mi persona se debió á no haber encontrado medio de llevárselas al otro mundo.

La recompensa reservada á Palomo fué más tardía, pero no menos cierta.

Yo, por hacer algo, me enamoré; y aunque digo que me enamoré por hacer algo, no se crea que mi enamoramiento fué cosa de pasatiempo y de capricho.

La que hice dueña de mi corazón primero y de mi mano después era la antítesis completa de mi pobre perro. Perdóneme la memoria de aquél esta suer-

te de comparaciones. Quiero decir que en la parte de afuera, ó sea en lo que pudiéramos llamar la corteza, era mi Rosalía de tan acabadas perfecciones, que no es mucho que perdiera yo todos los sentidos, dedicándolos, con exclusión de todo otro empleo, en adorar aquel delicado vaso, que luego me convencí de que no estaba lleno de tan delicadas esencias como hubiera hecho creer su hechura.

El hecho fué que Rosalía correspondió á mi amor; que á la cortedad de genio que yo entonces tenía prestó grandes servicios, sirviéndome de mediador, un mozo con quien me unía tal amistad, que la mitad de mi sangre hubiera yo dado por él, y que tan deprisa fuimos, que muy pronto se allanaron todas las dificultades y estuvimos en camino de contarle al cura el deseo que de vivir el uno para el otro teníamos desde hacía tiempo.

Sólo una exigencia había tenido mi prometida. No sé por qué desde el primer momento se había establecido tal corriente de antipatía entre mi fiel compañero de campañas y Rosalía, que aunque aquél lo disimulaba y ni un gruñido de mala muerte anunciaba lo que la mirada de su único ojo quería decirme, Rosalía traducía tan bien el injustificado odio del perro, que verle á mi lado era punto menos como el que ve al diablo.

Por fin netamente me lo dijo y llegó á exponerme el problema en tan precisos términos que no hubo más.

Para hacerla mía había de perder para siempre á Palomo.

La mañana que nos casamos, no lo olvidaré mientras viva, al entrar en mi casa, la primera operación que hice fué poner en la puerta al que en otro tiempo fué mi solo amigo, y para que entendiera la indirecta tuve la precaución de alumbrarle dos palos á que contestó lamiendo la mano que le castigaba.

Aunque el amor me tenía ciego, lo confesaré en honor mío, aquella noche, que fué una de las más crudas del invierno, más de una vez vino á turbar mi felicidad un aullido lejano que me recordaba mi ingratitude.

II

El desdichado Palomo era demasiado inteligente para saber que no debía volver. Sin embargo, cuando alguna noche se me ocurría acercarme á los vidrios de la ventana, me parecía ver la sombra escua-

lida y astrosa de un perro que se alejaba temiendo ser visto.

Mi ventura conyugal tenía algunas nubes, pero no las bastantes para que yo dejara de ver clara y transparente aquella que á mí se me antojaba eterna luna de miel.

Rosalía tenía el carácter algo desabrido para con-

Busqué cuantas ocasiones pude para convencerme de la inocencia de la que yo creía calumniada, y no tardó en presentármese una que me demostró todo lo contrario.

Una noche, al volver á mi casa antes de lo acostumbrado, por una de las abiertas ventanas oí la voz de Rosalía que se mezclaba á otra voz.

Mi primera idea fué que aquel amigo, á quien ya odiaba, habría aprovechado mi ausencia para ver á Rosalía, pero á las pocas palabras me convencí de mi error. De quien mi mujer estaba acompañada era de una viejecilla que gozaba fama en el pueblo de ser la más astuta tercera que jamás se dedicó á la piadosa tarea de zurcir voluntades.

— No lo olvides, Rosalía, decía en aquel momento; á las diez te espera esta noche bajo los álamos que hay á la salida del lugar. Cuando llegues ya estará allí.

Dicho esto, la viejecilla se despidió y yo entré en mi casa, de la que, fingiendo tener algunos asuntos que tratar con el notario, salí diciendo que volvería tarde.

Rosalía me despidió cariñosa como nunca.

III

Cuando sonaba la postrera campanada de las diez, una mujer se deslizaba á través de los álamos de que había hecho mención la Celestina.

La luna, hasta entonces oculta entre nubes, no quiso que yo obrara inconscientemente y me mostró con sus pálidos resplandores la cara más pálida aún de mi mujer.

La prueba de que yo estaba resuelto es que una navaja de ancha y afilada hoja brillaba abierta en mi diestra.

Ni una palabra, ni una increpación salió de mis labios. Mi mano se alzó, di dos pasos y el arma homicida cayó pesadamente en el momento en que una sombra se

interponía entre ella y el cuerpo de Rosalía.

Un doloroso aullido fué todo lo que oí. Después caí al suelo sin conocimiento.

Cuando algunas horas después volví en mí, supe que mi fiel Palomo me había librado, á costa de su vida, de la deshonra de un presidio.

Rosalía había huído con aquel amigo á quien yo hubiera dado la mitad de mi sangre.

¡Ah! Me olvidaba. En su fuga, mi cariñosa esposa se llevó cuanto pudo de mi fortuna.



Miedo, cuadro de Ehrlich

migo, pero á pesar de esa aspereza yo la creía buena en el fondo.

No tardé mucho en ver que precisamente el fondo era en ella lo malo. Cuando comencé á sospechar algo, una de esas personas caritativas que gozan en rasgar la venda que cubre nuestros ojos y que con la mayor buena fe del mundo truecan en verdadera infelicidad lo que fué sueño de dichas, quiso hacerme creer que Rosalía se mostraba más cariñosa que conmigo con aquel amigo que facilitó tanto nuestra boda.

Yo no lo creí, pero la duda me roía las entrañas.



EL LEÑADOR Y LA MUERTE, cuadro de L. Lhermitte



EN LA BARBERÍA, cuadro de Alonso Pérez



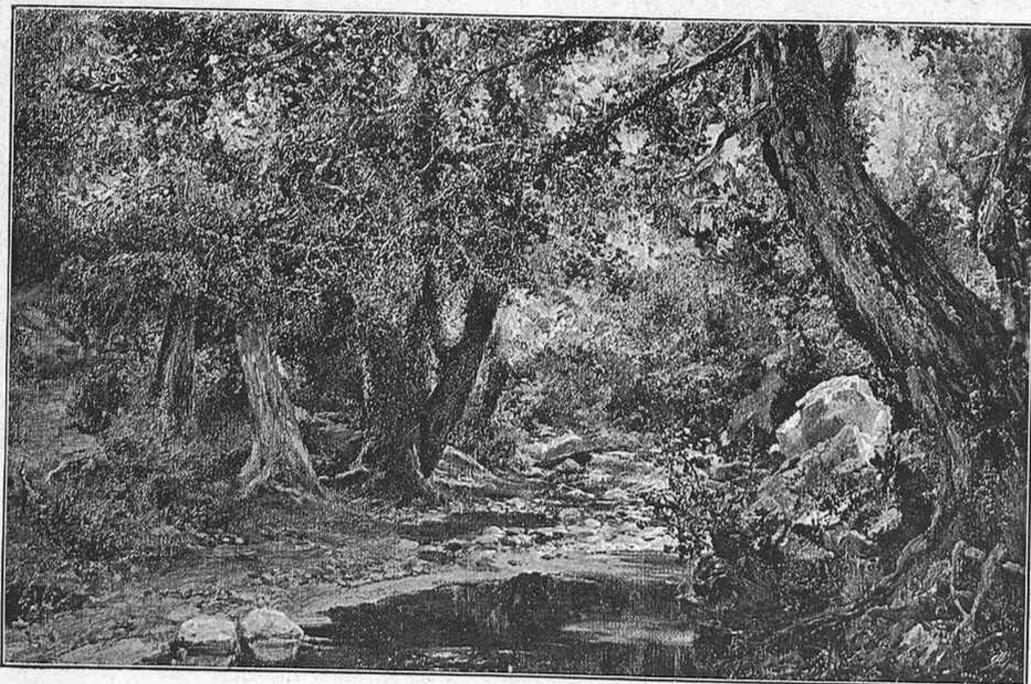
Recuerdo de Llaveneras, cuadro de José Masriera (Salón Parés)

NUESTROS GRABADOS

Cartel anunciador de la 2.^a Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, proyecto y dibujo de José Luis Pellicer. - Barcelona preparase para recibir y cobijar en un palacio las obras que los artistas de todos los países remitirán para figurar en la exposición que en el próximo mes de abril se celebrará bajo la iniciativa y auspicios de la corporación municipal barcelonesa. El certamen, dada la importancia que revestirá, necesitaba, para anunciarlo, un heraldo indiscutible: precisaba que el cartel fuese una muestra del alcance que tendrá el concurso y a la vez manifestación de la valía de los elementos artísticos que en nuestra ciudad existen. De ahí que consideremos atinada la elección de que fué objeto nuestro querido amigo y director artístico Sr. Pellicer. Conocidos son los méritos de tan eximio dibujante y conocidas son sus innumerables producciones; mas con ser tantas y tan admirables sus obras y tan relevantes las muestras de su ingenio artístico, séanos lícito llamar la atención acerca del género á que pertenece la obra que reproducimos, tan poco cultivado en España, y para el que se precisan especialísimas aptitudes, erudición y absoluto dominio de la línea, que no consiente amañitos ni recursos.

Bisonte atacado por lobos, escultura de José Campeny, fundida en bronce en los talleres de D. Federico Masriera (Salón Parés). - Una nueva fase, un nuevo aspecto nos ofrece Campeny en su carrera artística por medio de sus producciones. Ya no son los bonitos barrocos, que á modo de artísticos *bibelots*, nos cautivaban en forma de graciosa maja ó de garrida campesina, ni se inspira en los conceptos del clasicismo, para crear obras tan recomendables como su alegórica representación del *Pueblo*: su espíritu un tanto inquieto y observador busca en otro campo, halla en otro género, no exento de dificultades, elementos para su actividad, recursos para agudizar sus aptitudes. La representación de los animales en sus momentos de acción, vida y movimiento, es el objetivo que hoy persigue, el estudio á que con éxito se dedica, conforme lo atestiguan el interesante grupo que reproducimos, pulcramente fundido, por el procedimiento á *cera perdida*, por el Sr. Masriera. La obra está ejecutada con valentía, sin violencia y con notable soltura, y así el bisonte como los lobos que le atacan, revolviéndose contra él para sujetarle, son resultado de un detenido estudio y están ejecutados con feliz acierto.

Salón de sesiones del ayuntamiento de Toledo, cuadro de Ricardo Madrazo. - Las aptitudes artísticas que forman parte de las cualidades distintivas de la respetable familia de los Madrazo, resultan avaloradas por su erudición y aficiones arqueológicas. De ahí que no pueda sor-



Recuerdo de Llaveneras, paisaje de José Masriera (Salón Parés)

prender que Ricardo, uno de sus más jóvenes representantes, halle medio, cual acontece con el cuadro que de él publicamos, para producir con los elementos de otros siglos, por fortuna conservados, una obra moderna muy recomendable y de no escaso interés, pictóricamente considerada. La imperial ciudad toledana ha ofrecido á Ricardo Madrazo variado caudal de asuntos para sus lienzos, siendo uno de los más interesantes el histórico salón de sesiones del ayuntamiento, cuyos labrados tapices de terciopelo, fabricados en Toledo en los primeros años del siglo XVI, los escaños concejiles, el estrado y el blasonado dosel, hanle servido de fondo para el cuadro que animan las dos bellas jóvenes que el pintor coloca en actitud de coser otras preciosas telas destinadas, quizás, á completar el decorado de la estancia en solemne acto, proporcionándose ocasión para vencer dificultades de tonalidad, animar el cuadro, completándolo con las dos figuras, y hacer gala de hábil colorista.

El eminente actor Ermette Novelli. - «En suma, puede decirse del excelso artista que ofrece el raro ejemplo de dominar por igual los contrapuestos géneros, trágico y cómico, y esto habrá de estimarse un triunfo en el arte, ya que la posesión en alto grado de cualquiera de ellos basta de sí á cimentar la buena fama de un actor.

»Es, pues, Novelli un artista vasto, completo, que así provoca la risa franca y espontáneamente, como infunde el terror ó llega al alma y la conmueve. Siente vivamente el arte, mas tiene el dominio perfecto de sus facultades que encamina al fin que se propone, anteponiendo á los ímpetus y excesos á que propende el corazón la reflexiva inteligencia.

»Grande en lo trágico, delicioso en lo cómico: he aquí la síntesis del artista... Novelli no es tan sólo un gran actor, un excepcional actor: Novelli es el mismísimo Arte.»

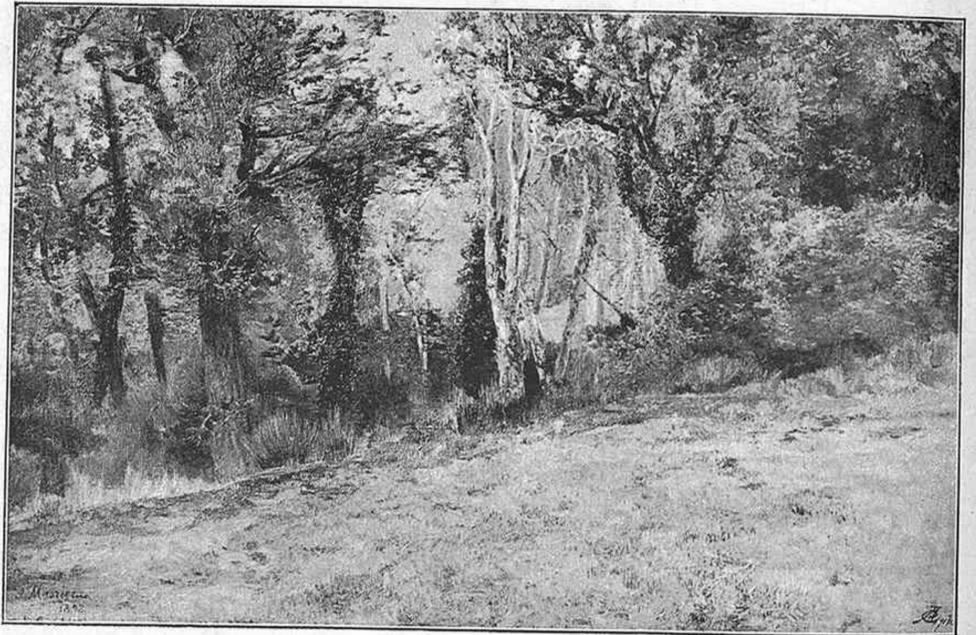
Esto decía el distinguido escritor D. Ignacio de Genover en un interesante estudio sobre Novelli que publicó en su número 396 LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Nada añadirémos por nuestra parte á tan exacto juicio, pues creemos que en las líneas transcritas está condensado cuanto pueda decirse acerca del actor eminente que hoy aplaude de nuevo el público de Barcelona. Las fotografías que publicamos de la reputada casa Audouard y C.^a, de esta ciudad, reproducen perfectamente algunos de los personajes que como nadie interpreta Novelli en obras de tan diverso género como *Ferreol*, *Rabagas*, *Le prime armí di Figaro*, *Il Ridiolo*, *Via Pigalle* 115, *Romanzo di un giovane povero*, *Morte civile*, *Vecchi celibi*, *Il conte Rosso* y otras, y demuestran cuán maravillosamente se adapta el genio de ese actor á los tipos más diferentes, cuán admirablemente expresa los más contrarios sentimientos y con cuánta perfección amolda su rostro, su cuerpo, sus ademanes, sus actitudes á los afectos y situaciones más opuestos.

Novelli ha sentido siempre especial predilección por nuestro público, el cual ha correspondido en todas ocasiones á esa simpatía tributándole ovaciones entusiastas como pocos actores han alcanzado. Otros títulos tiene, además de éste, para merecer la gratitud de los catalanes: cuantos nos interesamos por nuestra literatura regional no podemos olvidar nunca que á él se debe que la hermosa obra de Angel Guimerá, *Mar y cel*, haya sido vertida al italiano, ni olvidaremos tampoco con cuánto amor interpretó el tan admirable como difícil papel de Saíd, ese personaje que constituye una de las grandes creaciones del arte dramático y en el que se mostró en toda su colosal potencia el genio del actor incomparable á quien dedicamos estas líneas y á quien enviamos desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nuestro saludo más cariñoso y nuestro aplauso más entusiasta.

Miedo, cuadro de Ehrlich. - Sin descuidar ni mucho menos el elemento plástico, antes bien atendiendo con especial cuidado, da Ehrlich mayor importancia al psicológico, como lo demuestran *Miedo* y *La oración*, cuadro este último que publicamos en el número 528 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, obras ambas que expresan de una manera magistral dos estados de ánimo tan difíciles de reproducir como la angustia causada por un riesgo real ó aparente y la comunicación espiritual de la criatura humana con la divinidad.

El leñador y la muerte, cuadro de L. Lhermitte. Lhermitte, que es uno de los primeros ruralistas franceses, cultiva de cuando en cuando el género simbólico, como cuando pinta á Jesús en casa de los labradores ó traslada al lienzo la conocida fábula de *El leñador y la muerte*, que reproducimos. Mas aun en ese género, su temperamento y sus tendencias le impiden entrar en la senda de un misticismo que hoy consideran algunos como suprema manifestación del genio; y así vemos en este cuadro una visión todo lo menos fantástica posible y puesta como accesorio de una composición realista en que la naturaleza y la verdad aparecen admirablemente retratadas.

En la barbería, cuadro de Alonso Pérez. - Este cuadro es del mismo autor que *Mesa redonda*, que publicamos en el número 631; la contemplación de uno y otro nos revelan



Recuerdo de Llaveneras, paisaje de José Masriera (Salón Parés)

las tendencias de Alonso Pérez y su predilección por los tipos y costumbres de principios de este siglo, que tanto se prestan por lo pintorescos á ser trasladados al lienzo, así como la corrección y elegancia con que dispone sus composiciones y traza las figuras que entran en las mismas.

Recuerdos de Llaveneras, paisajes de José Masriera (Salón Parés). - Recuerdo de su residencia estival, trasunto del poético rincón en donde este distinguido artista descansa de sus cotidianas tareas durante la calurosa estación veraniega, son los tres bonitos paisajes que publicamos. En ellos muéstrase, como siempre, su indiscutible maestría y la admirable gama de su paleta, brillante y vigorosa, en la que amasa esas fidelísimas entonaciones que produce la luz en las rocas, en el agua y en la vegetación.

La exactitud, la corrección y la belleza son las notas características de sus paisajes. Para poseer estas cualidades ha debido dedicar todos sus esfuerzos, comprendiendo que sin el dibujo no existe la forma y que sin ella no es posible la verdad y la expresión, aunque con el pincel se logre producir maravillas de color. Y entiéndase que si bien es tan brillante colorista como concienzudo dibujante, no se ha limitado á producir la naturaleza con la exactitud fotográfica, puesto que ha logrado imprimir siempre á sus obras la poesía, el encanto y la frescura que inunda el natural.

Doncel florentino, acuarela de José Moragas Pomar. - Recientemente publicamos un bonito estudio de este joven; hoy reproducimos otra de sus obras, que es una nueva y donosa prueba de sus aptitudes. Simpático es el tipo del doncel florentino, elegante en sus líneas y cuidadosa su ejecución, que recuerda la escuela cultivada por D. Tomás Moragas, padre y maestro del novel pintor.

La acuarela, en la que tantos triunfos lograron artistas tan eminentes como nuestro malogrado Fortuny, no se cultiva por desgracia por los pintores catalanes, á pesar de haber demostrado muchos de ellos sus aptitudes como discretos acuarelistas. Quizás, y por más que sorprenda, influye la falta de solicitadores. Los aficionados y coleccionistas barceloneses desdeñan esta clase de pintura, sin tener en cuenta sus condiciones especialísimas. El joven Moragas parece tener por ella señalada predilección, resultando en extremo agradable la que figura en nuestras páginas.

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTAURA. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Súbitamente imaginábase transportado lejos de Niza y de las fiestas carnavalescas al fondo del taller de la calle Ampere, y allí veía á su madre haciendo su media delante de la chimenea del comedor, y la veía sola, entristecida por la ausencia de sus hijos y por los agujeros y mojígaterías de Cristina; la veía mucho más triste de lo que ella misma expresaba, y como buen hijo que era, esta idea le angustiaba el corazón...

— ¿Qué piensas de esto?, preguntó á Teresa.

— ¡Pobre mamá!, suspiró ésta; creo que es preciso que se encuentre muy sola y muy triste para haber pensado en hacer este largo viaje.

— Sí, sí, lo mismo pienso yo, y temo, Teresina mía, que llegue á enfermar mi pobre madre... Yo fui quien la arranqué de su casa y de sus costumbres para trasladarla á París durante mi ausencia, y sería para mí un remordimiento horrible si, por mi culpa, la pobre perdiera la salud... Nada, nada; hay que darle el gusto que desea. Mañana tomo el rápido, y dentro de dos días la tenemos aquí.

Cediendo á este movimiento de amor filial, Santiago obedecía también casi inconscientemente á impulsos más complejos. Parecía que procurando á su madre este placer tan vivamente deseado, redimía al propio tiempo el pecado que cometía pensando demasiado en la hechicera baronesa. Cuando se tiene el peso de una falta en la conciencia, se está naturalmente dispuesto á pequeños sacrificios, que pueden, si no borrarla enteramente, á lo menos atenuarla. Esta supersticiosa necesidad de compensación es la que excita á los pecadores poco devotos á imponerse secretas penitencias. El súbito viaje que pondría centenas de leguas entre la señora Liebling y él, parecía á Santiago una meritoria expiación.

— Sí, prosiguió, lo tengo decidido, partiré mañana.

— Querido mío, dijo Teresa conmovida, estrechando las manos de su marido, has tenido una excelente idea y pienso lo mismo que tú... Pero no serás tú quien haga el viaje; lo haré yo.

— ¿Tú, Teresina mía?.. ¡Ah, no, eso no puede ser!

— Yo, te repito... Un viaje como ese en pleno invierno te pondría á perder todo lo que en el Mediodía has ganado en salud, y además la brusca transición de un clima cálido á un clima frío podría producirte una enfermedad. No permitiré que cometas semejante imprudencia, sobre que yo en ese viaje puedo ser más útil á tu madre y á Cristina.

— Pero, Teresina, considera que vas á viajar sola durante veintitantas horas... y los mismos inconvenientes que tiene el viaje para mí los tiene para ti.

— De ninguna manera... En primer lugar, yo estoy buena y soy menos sensible que tú á los cambios repentinos de temperatura, y en cuanto á lo de hacer sola el viaje, ya sabes que no soy cobarde y que mi soledad en el Priorato me ha hecho hasta valiente... Tranquilízate, pues, que no me sucederá nada. Mañana es viernes y vamos á telegrafiar á mamá para que esté dispuesta; llegaré el sábado á las nueve de la mañana, nos pondremos en camino lo más pronto posible, y si todo marcha bien, como espero, las tres estaremos aquí de vuelta el martes por la mañana. De esta manera tu madre podrá ver aquí el último día de Carnaval, y puede ser que el espectáculo de las fiestas de Niza contribuya á desarrugar el ceño de la hermana Cristina. Conque, maridito mío, corre al telégrafo, mientras yo preparo mis cosas.

Mientras Teresa con la prontitud de resolución que la caracterizaba formulaba su plan de viaje, Santiago se disponía á protestar de nuevo contra semejante proyecto, y pensaba que en manera alguna podía consentir que Teresa se pusiera sola en camino. Eran muchas las objeciones que le ocurrían. No era conveniente dejar sola á una mujer hermosa durante cerca de veinticuatro horas en un vagón donde corría peligro de encontrar algún compañero peligroso de viaje. Durante el Carnaval el público que llena los trenes de la línea de París Lyon-Mediterráneo, es un público en que se encuentra de todo, malo, singularmente; se puede dar con personas de dudosa moralidad, con jugadores de regreso de Monte Carlo, con troneras de poco edificantes costumbres, ó que, por lo menos, hablan con demasiada libertad. No, Santiago no debía exponer á su mujer á tan probables peligros. Y sin embargo, cuando expuso á su mujer todas estas consideraciones, no empleó en su argumentación todo el calor y toda la energía que debiera. Parecía que un espíritu maligno atenuaba intencionalmente sus objeciones, y que las exponía con el vago deseo de que no fuesen aceptadas.

Teresa, en efecto, insistió en su resolución, y por fin Santiago fué al telégrafo para avisar á su madre, y aquélla comenzó sus preparativos de marcha.

El día siguiente, después del almuerzo, dirigieronse juntos á la estación, y el pintor instaló á su mujer en un departamento ocupado ya por una familia inglesa cuyas respetables fisonomías le parecían que ofrecían todas las garantías de seguridad necesarias. Había averiguado que esta familia iba hasta París, y tranquilo por este lado, ocupábase únicamente en atenuar la penosa impresión de los últimos minutos que preceden á la salida. En pie, sobre el estribo, hacía á Teresa cariñosas y minuciosas recomendaciones. En el momento de ver alejarse á la que consideraba como un adorable ángel de su guarda, sentíase renovarse en él el amor de los primeros días. Una emoción de ternura, de inquietud y de vago arrepentimiento oprimía su corazón. En ciertos momentos de la vida, el corazón recibe misteriosos avisos saludables, á los que damos el nombre de presentimientos. Apoyándose en la portezuela del vagón, puesta su mano

en la de Teresa, Santiago experimentó la sensación de romperse un hilo de la cadena dorada de su intimidad conyugal, y presintió que algo, algún mal irremediable, iba á producirse en su existencia. Los menores detalles del sitio en que experimentaba esta angustia se grabaron en su memoria con la más crue



Los proyectiles lanzados á puñados se cruzaban en medio de risas y gritos

precisión: la indiferente actitud de la vendedora de libros sentada delante de su mostrador lleno de planos, guías, periódicos, volúmenes de cubierta amarilla; los gritos de los factores, el resoplar de la locomotora, el aturdimiento de los viajeros buscando sitio cómodo; todo esto adquirió para él una importancia y un relieve inolvidables. Sintió humedecidos sus párpados.

— Darás otro abrazo á mi madre por mí, dijo á Teresa, y ten paciencia con Cristina. Sobre todo te encargo que en cuanto llegues me pongas un telegrama.

— No tengas cuidado, respondió Teresa, y no te aflijas... ¡Parece que me voy para no volver! Ya te he dicho que probablemente estaré de vuelta el martes por la mañana. Tu viudez no durará más que cuatro días. Cuidate bien, y acuérdate de mí... ¡Adiós, adiós, mi Santiago de mi alma!

Los empleados cerraban las portezuelas; sonaba el timbre; Santiago abrazó y besó á Teresa tiernamente, y bajó del estribo. Un minuto después el tren corría hacia Santa Elena, é inmóvil en el andén, el pintor veía todavía un pañuelo blanco que se agitaba fuera de la ventanilla de un vagón.

Salió Santiago de la estación llevando en el cerebro y en el corazón la sombra de la melancolía de la despedida. Fuera del andén el vienteillo hacía moverse las hojas de los eucalyptus bañados de luz; los ómnibus bajaban rápidamente la rampa de la estación con su cargamento de viajeros; las vendedoras de violetas rodeaban á los paseantes dejando en pos como un rastro de perfumes primaverales. La avenida de la estación con sus espárragos empavesados de banderitas tricolores, sus guirnaldas de faroles venecianos tendidos de árbol á árbol, sus casas adornadas de colgaduras de vivos colores, estaba llena de gente. Esta animación, este aspecto de fiesta, disiparon poco á poco la impresión de tristeza que Santiago traía del camino de hierro. Su alma, como la de la mayor parte de los artistas, experimentaba vivamente la influencia de los fenómenos exteriores y cambiaba con una movilidad de golondrina. Pronto, el pintor suspiró con más facilidad, anduvo más ligero y erguido, y prestó más indulgente atención al espectáculo de la calle. Sin darse claramente cuenta de lo que sentía, parecía así como si hubiera quedado libre de una secreta contrariedad. Operábase en todo su ser algo que no sabía definir, así como una sorda reacción gozosa, algo así como lo que experimenta un colegial en el primer día de vacaciones. Al mismo tiempo, de ese recóndito fondo que forma el limo del alma humana, surgían confusos pensamientos semejantes á esos glóbulos de gas que suben á la superficie del agua cenagosa. Teresa había partido; encontrábase solo en Niza, solo y libre, con todas las probabilidades de volver á encontrar á Mania Lieblign durante las fiestas y poder averiguar lo que había en el corazón de aquella extraña sirena. El ramito de jazmines y violetas había de nuevo turbado su tranquilidad. ¿Qué misteriosa intención se ocultaba tras aquella manifestación visiblemente

premeditada? ¿Era sencillamente una travesura sin consecuencia, ó una invitación á reanudar relaciones súbitamente interrumpidas? Rechazando la idea de una infidelidad posible, Santiago pensaba otra vez en Mania. Desde que la oyó cantar en Beaulieu, la señora Liebling se apoderaba nuevamente de su pensamiento. Este secuestro parcial habíase verificado lentamente, pero de una manera decisiva. Primeramente sólo el artista había sido seducido; luego la influencia de la hechicera se había ejercido sobre esa porción del corazón virgen en los hombres que no han conocido y amado más que á una mujer: había despertado en Santiago una sorda voluptuosidad latente, y excitaba en él esa sensual curiosidad que nos arrastra á las aventuras peligrosas, á la codicia del fruto prohibido. Penetraba en regiones de su ser donde dormían los deseos no satisfechos, y ocupaba el vacío que el casto y puro amor de Teresa no había llenado. Alarmado por esta gradual intoxicación, Santiago, al bajar por la avenida de la estación, confesábase que no tenía voluntad para defenderse de los atractivos de aquella hechicera; que la sociedad de Mania le era indispensable, y que no recobraría la tranquilidad de espíritu hasta que hubiese penetrado en el corazón de aquella mujer singular.

Al llegar cerca del boulevard Dubouchage la idea de volver á su casa trajo á su pensamiento la imagen de la amante esposa, á quien acababa de despedir en la estación. Ya estaría Teresa en Antibes, y ciertamente ni un momento habría dejado de pensar en él; la conocía muy bien y sabía que á Teresa no había poder humano que la distrajera del amor que tenía en el corazón. «Vale más que yo, pensaba Santiago; decididamente yo soy de una arcilla más grosera que mi buenisíma mujer.»

A las veces tenemos estos instantes lúcidos en que vemos claramente el fondo de maldad que existe en nosotros; pero este espectáculo es tan desconsolador, y es tal la fuerza de nuestro orgullo, que no queremos ver mucho tiempo nuestra perversidad manifiesta, y nos apresuramos á cubrir esta repugnante desnudez con un velo de hipócritas disculpas y sofisticas ilusiones. Al mismo tiempo que se culpaba Santiago de la criminal satisfacción de la soledad y la libertad, pensaba: «Y después de todo, ¿tengo yo la culpa de que mi naturaleza sea tan impresionable? No sería yo artista si no recibiera de una manera tan sensible las impresiones del exterior.»

En el momento en que iba á volver la esquina de la calle Pastorelli, dió de manos á boca con un individuo de barba gris, que le abrazó exclamando:

— ¡Santiago, hijo mío!.. Precisamente iba ahora á tu casa.

— ¡Señor Lechantre!, exclamó Santiago. ¡Dichoso encuentro! ¿Desde cuándo en Niza?

— ¿No te había dicho que un día ú otro vendría á sorprenderte?, respondió el pintor con su voz tan sincera, tan franca y cordial... Tengo un amigo muy rico, el Sr. Herder, que posee un yate, y que me ha traído á bordo. Como quería hacer escala aquí durante el Carnaval, acepté su ofrecimiento... Salimos de Ajaccio ayer tarde, y esta mañana el *Hebe* ha fondeado en el puerto Lympia... No he hecho más que acicalarme un poco, almorzar... y aquí me tienes. ¿Cómo está Teresa?

— Muy bien, acabo de dejarla en el tren. Ha ido á París á buscar á mamá y Cristina, que vienen á pasar quince días aquí.

— Mejor que mejor. Me alegro mucho. Yo estaré aquí algunas semanas, y espero que iremos juntos á todas partes... Pero á ver, mírame de frente. Tienes muy buena cara, los ojos animados, las carnes apretadas y el color sano... ¡Bravísimo! ¿Ya no te resientes de tu indisposición?

— Estoy bien completamente... Niza me prueba.

— Mejor que mejor. Este país, chico, es una maravilla... Yo mismo, solo con este primer baño de sol, me siento rejuvenecido... Parece que tengo veinte años menos sobre las costillas.

En efecto, Francisco Lechantre, con su trajecito de paño gris, de buen corte, su barba rizada, sus sonrosados colores, sus ojos alegrillos, parecía mucho más joven y más ágil que nunca. En el ojal llevaba un clavelito, su sombrero un poco echado atrás descubría su espaciosa frente; marchaba erguido, con la cabeza alta, y en sus ojos rebosaban la salud y el reposo del ánimo.

— Has de saber, añadió, haciendo el molinete con el junquillo, que he venido á Niza con la intención de divertirme, y puesto que te encuentro viudo por unos días, cuento contigo para que nos divirtamos juntos... El barón Herder tiene el mal de los ricos, gota, y en su calidad de archimillonario está ya saturado de todos los placeres..., pero yo no por cierto... Hay todavía para mí deliciosos frutos en el jardín de la vida, y tengo muy buenos dientes para clavarlos en ellos... Por de pronto quiero ver el Carnaval y tomar parte en la fiesta como un muchacho.

Quiero engolfarme, engolfarme...

como cantaba el pobre Jacinto en *La vida parisiense*... Nos disfrazaremos; apedreamos á las damas con bombones y *confetti*, iremos al *veglione*, y bromaremos con las bellas nicenses... Hijo mío, cuantos más años tengo, creo más firmemente que no debemos renunciar á gozar de los placeres que la Providencia nos ha deparado en este bajo mundo. Conque ¡viva la alegría! Vas á llevarme á casa de un alquilador de trajes para elegir un dominó. Después iremos á tomar un sorbete en *La Renaissance* y oiremos á los mandolinistas... Diez años hace que no he parecido por aquí y creo que fué ayer... Es posible que no vuelva y quiero disfrutar de este sol y de estos placeres antes de abandonar esta existencia terrena... ¿Tienes un cigarro?.. Gracias. Y ahora, *andiamo*.

IX

El domingo de Carnaval, primer día de los *confetti*, las máscaras afluían desde la una hacia la plaza de Massena, donde esperaban con impaciencia el tradicional disparo de cañón, señal de la batalla y del desfile de los enmascarados. En las calles que conducían á la plaza había una multitud de máscaras. Niza tomaba la original fisonomía que caracterizaba en otro tiempo el Carnaval italiano, y que no se encuentra ya en toda su bulliciosa espontaneidad más que en este punto del litoral. En Niza solamente, en efecto, la población no se limita á asistir pasivamente á regocijos casi oficiales; quiere divertirse por su propia cuenta, toma parte en la fiesta, y le da una animación, una exuberante jactancia, una profusión de incidentes originales é imprevistos que hacen del Carnaval de Niza un espectáculo único en el mundo. El día de los *confetti* se confunden todas las condiciones sociales y la ciudad entera se disfraza; obreros de los

barrios antiguos, burguesas, ó grandes señoras de la colonia extranjera, no hay una mujer que no vista el dominó de percal ó de raso ó de damasco, y circule libremente por las calles. En esta bulliciosa confusión de todas las clases de la sociedad, rara vez es grosera la explosión de la alegría popular; en todas partes reinan el buen humor y la alegría franca, expansiva, de buen género, lo que da mayor atractivo á las fiestas esencialmente populares.

Las aceras estaban llenas de vendedores ofreciendo á los transeuntes saquitos de esa minúscula grajea, que ha sustituido á los verdaderos *confetti* de azúcar blancos ó rosados, y que sirve de proyectiles para la batalla.

De cada casa echábanse á la calle todos los vecinos, dominós multicolores, *pierrrots* enharinados, monjes blancos y rojos. Muchos llevaban el gorro con cascabeles y todos la careta de tela metálica que les defendía el rostro y la nuca de la granizada de *confetti*; todos iban provistos de su saquito de bombones. En las calles por donde debían desfilar las carrozas, las ventanas y balcones adornados de colgaduras blancas y encarnadas, estaban completamente llenos de curiosos. En la calle reinaba la más expansiva alegría, y entre el rumor de la multitud sobresalía el grito agudo de los vendedores, hiriendo los oídos el *falsete* de la voz de las máscaras y los sonoros ecos de las charangas. Un cielo azul con muchas nubes blanquecinas iluminaba esta locura de Carnaval.

— Chico, decía Lechantre á Santiago, esta diabólica alegría popular se le sube á uno á la cabeza como el *champagne*... Desde que me he puesto el dominó me dan ganas de hacer alguna travesura, lo mismo que cuando era aprendiz en casa del viejo Drobling.

Enmascarados los dos artistas marchaban del brazo en dirección al paseo.

— Querido maestro, replicó Santiago, usted tiene el privilegio de ser siempre joven, y esto se demuestra en los cuadros que pinta.

— ¡Calla, adulador!.. Hay momentos en que quisiera ser joven, y cuando no me miro al espejo, me imagino que no soy tan veterano; me parezco á esos manzanos viejos que algunas veces echan flor fuera de estación. Cuando las mujeres bonitas me miran, tengo que confesar que soy un petate; pero cuando las miro yo, créeme, siempre tengo veinte años.

— Usted debe de haber sido muy enamorado, ¿verdad, Sr. Lechantre?

— Sí, y no; según el sentido que quieras dar á la frase. Si te refieres á galanteos y aventuras con mujeres poco severas, he sido muy enamorado; pero si hablas de alguna pasión...

— Naturalmente, de eso hablo.

— ¡Oh! Entonces puedo contestarte negativamente. La pasión daña mucho á la vida del artista. Siempre he tenido miedo de prendarme de un modelo, como muchos de nuestros camaradas, ó de enamorarme de veras de una mujer de mundo que me hubiera llevado y traído y condenado á hacer malas obras y pocas... No, no; me he contentado con la menor cantidad posible de amor, con grisetitas que entran por la puerta del taller y salen por la ventana como golondrinas... En puridad, esas conquistas son las mejores... No dejan pena ni gloria... Pero estarás escandalizado oyéndome tú, que eres un marido ejemplar, enamorado de tu mujer.

— Querido maestro, repuso Santiago, con un ligero estremecimiento en la voz, tiene usted muy buen concepto de mí, y yo no soy mejor que los demás.

— Vamos, tunante, no seas modesto. Bien sabido es que no engañas á tu mujer, porque ninguna te gusta tanto como ella.

Habían llegado á una de las escaleras del anfiteatro levantado delante de la Prefectura á la vista del mar, y formado por una ancha gradería ocupada ya por multitud de espectadores disfrazados. Abajo, alrededor de una rotonda donde se había colocado una orquesta, estaba la ancha pista destinada al desfile de las carrozas y las máscaras. En el momento en que los dos pintores tomaban asiento en una de las gradas, la orquesta dejó oír las primeras notas del *Pere la Victoire*; oyéronse charangas que respondían lejos, anunciando la llegada del primer carro, é instantáneamente comenzó la granizada de *confetti*, desde las ventanas, desde las tribunas, desde las terrazas, desde arriba, desde abajo... Los proyectiles lanzados á puñados se cruzaban en medio de risas y gritos, produciendo un ruido verdaderamente indefinible... Un inmenso carro de colores chillones, en el que venían representados los personajes de la opereta *Faustito*, avanzaban lentamente al compás de una charanga. Delante de los caballos se arremolinaba multitud de máscaras y otras seguían al carro. Las parejas formaban *cuadrillas* y bailaban locamente, repitiendo á coro los *couplets* de la opereta. Era un espectáculo singular, originalísimo, el de aquella agrupación de máscaras de vivos colores, moviéndose sin cesar, saltando y brincando en medio de un diluvio de *confetti* y de una algazara indescriptible de risas, gritos y aplausos.

Indiferente á la batalla, Santiago recorría con la vista las ventanas de las casas y las gradas del anfiteatro; quería, á no dudar, descubrir bajo la capucha y los pliegues de un dominó el talle esbelto y el rostro incomparable de la baronesa Liebling; pero todos los rostros estaban enmascarados y todos los dominós se parecían. Y entretanto Lechantre, en pie, gesticulaba, reía y batallaba con las máscaras. Pero al cuarto de hora se cansó de estar apretado en una tribuna.

— Esto, dijo, es muy bonito de color, pero cansa siempre lo mismo. Tengo las piernas entumecidas y quisiera estirarlas un poco. Vamos á tomar parte, si quieres, querido colega, en el Carnaval de abajo.

Dejaron, pues, la tribuna, y bajaron á la calle atropellados por las máscaras que se apiñaban al paso de los carros. Allí, verdaderamente, estaba la fiesta en todo su esplendor. La gente de la calle lanzaba sus proyectiles á la gente de las ventanas, que á su vez respondía con furia; unas máscaras de abajo increpaban á las de arriba, y ofanse en medio de aquel escándalo frases ingeniosas, preguntas y respuestas oportunas y chistosas. Desde un extremo á otro no se distinguía más que una doble corriente de cabezas encapuchadas y brazos nerviosamente agitados, un tumultuoso remolino de trajes de colores infinitos que los rayos del sol hacían resaltar doblemente. El suelo estaba materialmente cuajado de *confetti*, y se pisaba sobre una espesa capa de nieve gris.

— Ahora sí, dijo Lechantre, que nos vamos á divertir.

Y en el mismo instante cayó sobre él una granizada que le hizo prorrumpir en estrepitosas carcajadas.

Pasaban por delante de la terraza del librero Visconti. El balcón de piedra estaba ocupado por dominós muy elegantes. Apoyados en la balaustrada y teniendo detrás grandes sacos de *confetti* bombardeaban sin piedad á los transeuntes. Santiago, que se había quitado un momento la careta para respirar libremente, levantó la cabeza, y en el momento en que presentaba descubierto el

rostro, un dominó de satén blanco con lazos de color de rosa en los hombros se inclinó sobre la baranda y le arrojó un puñado de proyectiles que todos le cayeron en la cara.

— Chico, exclamó Lechantre, ese dominó blanco parece que quiere divertirse con nosotros. Espera mascarita, que ahora verás.

Y contestó vigorosamente enviando al balcón una porción de metralla. El dominó blanco y rosa había retirado rápidamente la cabeza y se reía; al mismo tiempo volvía á ametrallar á los dos artistas.

— ¡Los últimos cartuchos!, exclamó Lechantre, vaciando el fondo de su saquito... ¡Ahí te va!, añadió disparando contra el dominó blanco. Y espera, que voy por municiones.

Y se alejó en dirección á un puesto donde se vendían *confetti*, mezclándose entre la multitud.

Santiago, que tenía todavía su provisión intacta, se había vuelto á poner la careta y peleaba con el dominó de la terraza. Apuntaba mal, recibía más *confetti* que enviaba, pero no se daba por vencido. La risita irónica del dominó le desconcertaba y le ponía nervioso. El timbre móvil de aquella risa á la vez aguda y suave renovaba en él vagas sensaciones ya experimentadas. Observaba los movimientos ligeros, el talle flexible, la gracia de su adversaria, y no podía menos de sospechar que aquella mujer era Mania. Esta conjetura le turbaba de tal suerte que no supo cómo librarse de una nueva granizada que el dominó descargó sobre él. La recibió en los ojos, y casi ciego contestó torpemente.

Y el dominó blanco y rosa, con su voz burlona le gritó:

— Para ser pintor, no tienes muy buen golpe de vista.

Ya no tuvo duda; aquella era la voz de Mania. El pintor retrocedió, se limpió la ceniza gris que le cubría la careta; pero cuando pudo distinguir claramente los objetos y mirar la terraza, el dominó de satén blanco había desaparecido. El ir y venir de los transeúntes echó á Santiago entre la multitud, y se resignó á buscar al pintor Lechantre. Pero en aquel flujo y reflujo era muy difícil encontrar á quien se buscaba. Francisco probablemente estaría buscando á su amigo. Después de haber recorrido en vano las calles inmediatas, Santiago tomó el partido de subir la cuesta que desemboca en el boulevard del Puente Nuevo. Allí le detuvo otra vez la muchedumbre que se apretaba para dejar paso libre á los carros. Mirando á derecha é izquierda por ver si distinguía á Lechantre, sintió que caían sobre sus hombros algunos granos de *confetti* no lanzados esta vez violentamente. Volvió la cabeza y vió á cinco ó seis pasos al dominó blanco. La desconocida, con una ligereza de culebra, se deslizaba entre los grupos. Santiago, en el deseo de reunirse con Mania Liebling, procuraba abrirse paso entre la multitud; pero menos listo que la fugitiva aparición, quedábase atrás, y como precisamente en aquel momento volvía á pasar el colosal carro de *Faustito* y la gente le impedía todo movimiento, perdió completamente la huella de la hechicera mujer.

Al cabo de un cuarto de hora llegó todo sofocado á la plaza Massena, iluminada por la luz rojiza del sol poniente. La multitud era menos densa en aquel ancho espacio. Detúvose en uno de los terraplenes delante del casino. Las máscaras se perseguían arrojándose *confetti* con grande algazara. Fatigado, había vuelto á quitarse la careta y miraba vagamente los grupos de enmascarados, buscando á Lechantre y con la esperanza de volver á ver al dominó blanco.

— ¡Eh, Santiaguillo!, le gritó Lechantre, perdona que te haya dejado solo; pero chico, has de saber que me ha sucedido una aventura... Sí, chico, me ha hablado una muchacha, nicense de pura sangre, con unos ojos como cerezas gordales y un acento local que trasciende á pimienta y á mimosa..., una criatura perfecta, hecha á torno, delgada de talle, ancha de hombros, lista como una centella y con la lengua más expedita que se ha visto en el mundo... Estamos completamente de acuerdo, y si no hubiera sido por respeto á tu estado de marido la hubiera traído á comer con nosotros; pero ya hemos quedado citados en el *reducto*, y allí la encontraré... Me ha dicho que llevará en el pecho un ramo de claveles encarnados. La señal es infalible.

— ¿Irá usted al *reducto*?, preguntó indiferente Santiago.

— Ya lo creo, y tú también.

— ¿Yo?

— Naturalmente. ¡Qué! ¿Tienes miedo de comprometerte?

— Este hombre ejemplar tiene miedo de todo, murmuró una voz irónica; no vayas, hijo, que vas á encontrar muy malas compañías.

Volviéron la cabeza los dos amigos y vieron al dominó blanco y rosa que los hacía una reverencia. Apenas se había repuesto Santiago de la sorpresa, cuando un segundo dominó azul, éste con lazos blancos, llegóse al primero, diciendo en inglés:

— *Is it you at last, Mania dear?.. Let us go away!*

— Ella es, dijo Santiago, asiendo del brazo á Lechantre.

— ¿Quién es ella?, preguntó éste... ¡Hola! ¿Tú también, pícaro? No, no te ruborices. Estamos en Carnaval. No tengas cuidado, que no le diré nada á Teresa.

Durante este breve espacio, las dos mujeres habían ido á montar en un *landau* que estaba cerca del puente, y el coche había partido al trote.

Santiago, en el mayor desconcierto, miraba al coche que doblaba la esquina de la calle Massena. Estaba muy contrariado; temía que Lechantre advirtiera la emoción que le había producido aquel encuentro, y se esforzaba en disimular su contrariedad. Pero en aquel momento Lechantre estaba muy inclinado á la indulgencia. Aturdido por la locura y el estruendo del Carnaval, le parecía perfectamente que su discípulo y compañero experimentase los efectos de aquel momentáneo aturdimiento. Además, teniendo la costumbre de considerar la galantería como una distracción superficial y de poca duración, imaginaba que el amor en los demás era tan pasajero como el que él conocía.

— ¡Bah!, exclamó, consuélate, que ya la encontrarás. A las mujeres siempre se las encuentra... Apuesto que esta noche la hallas en el *reducto*. Mientras, vamos á quitarnos el disfraz, luego comeremos sin prisas, y después volveremos á engolfarnos en los placeres de este divertidísimo Carnaval.

El programa dispuesto por Lechantre fué puntualmente ejecutado. Después de haber comido en la Regencia, los dos amigos volvieron á casa del alquilador de trajes á vestir los suyos, en los que hicieron coser unos lazos rojos. A las diez fueron á tomar sitio en el café, bajo los arcos del casino, en el mejor sitio para asistir á la entrada de las máscaras. El café estaba lleno. Las mesas se prolongaban en dos filas hasta la puerta del casino, y las máscaras que llegaban á pie tenían que atravesar por en medio de los consumidores oyendo gracias, chistes, requiebros y alguna que otra inconveniencia de mal gusto. Algunas contestaban en términos más ó menos vivos, y cada vez era mayor la broma y más acentua-

das las risas y las voces. Para templarse y para animar á Santiago, Lechantre pidió una botella de champagne. El viejo pintor, de pie, apoyándose en una columna, ceñida la cintura con un cordón encarnado, sobre los hombros una esclavina del mismo color, adornada de conchas, la nariz pintada de verde, y la barba blanca, tenía todo el aspecto de un peregrino algo tocado de la cabeza. Con una voz gangosa arengaba á la multitud, y brindaba irónicamente á las mujeres enmascaradas que pasaban por delante de él.

— ¡Olé!.. gritaba, ¡olé por la española de garbo!.. ¡Viva la gracia!.. ¡Señora, beso á usted los pies, y brindo á su bizzaría y á esos ojos matadores!.. ¿Quieres saber de dónde vengo?.. No vengo; voy, voy en peregrinación á Citea, voy á buscar indulgencias... ¿Quieres venir conmigo? Las indulgencias no deben venirte mal, pues estarás necesitada de ellas.

¡Oye, tú, gentil veneciana!.. ¡No te vayas, hermosa circasiana!.. ¡Eh, María, María!

Tres ó cuatro volvían la cabeza oyendo este nombre, y él les decía:

— Mascarita, ten cuidado, que he visto aquí á tu marido.

Santiago se sonreía, y se maravillaba de que el viejo tuviera todavía tan buen humor. Agitábase nerviosamente en su silla y miraba con viva curiosidad á las mujeres que bajaban de los coches. ¿Mania vendría? ¿Qué la diría si la encontraba? La idea de este encuentro le emocionaba profundamente, y así cada momento aumentaba más su inquietud. Dieron las once.

— ¿Entramos?, preguntó á Lechantre.

— Sí, entremos, contestó Lechantre, enarbolando su gran cayado adornado de una calabaza; vamos á predicar la buena nueva á los gentiles.

Encamináronse al casino. Desde que entraron en el vestíbulo, los ecos de la alegre música acabaron de enloquecer á Lechantre. Todo el jardín de invierno estaba iluminado por faroles alternativamente blancos y rojos. Entre los arbustos y las palmeras, entre los rosales y las camelias, brillaban miles de luces, y globos de cristal blancos y rojos reflejábanse en el agua de un minúsculo lago, rodeado de césped. En el centro, en el kiosco, adornado también de profusión de linternas blancas y rojas, interpretaba una buena orquesta los valeses de Waldtenfel. Alrededor del kiosco grupos de hombres y mujeres, con trajes blancos con lazos rojos, ó rojos con lazos blancos, cruzaban, iban y venían, se interpelaban, y aprovechaban los pocos espacios vacíos para organizar cuadrillas.

El alegre tono de los colores uniformemente blancos y escarlata; la música suave ó fuerte, acariciadora ó ensordecedora, cuyos sonidos parecían reproducir los dos tonos dominantes en los colores; la variedad de disfraces diferentes en la forma é iguales en los colores; el buen humor y la animación de toda aquella multitud divirtiéndose á su sabor; el misterio de los antifaces de terciopelo blanco y encarnado, que dejaban ver unos ojos azules ó negros de mirada fosforescente; el roce de las faldas; el voluptuoso perfume de algunas mujeres que mostraban gallardamente sus hombros y sus brazos desnudos: toda esta magia sensual era buena para trastornar cerebros más sólidos que el de Santiago. Experimentaba indefinibles sensaciones, así en la carne como en el espíritu. Sentía la influencia de la preocupación de su arte, la renovación de su meticulosidad de aldeano, la curiosidad de emociones nuevas y desconocidas. En medio de esta eferescencia de todo su ser, de impresiones suaves y violentas, amargas y dulces, sentía la ansiosa codicia de ver á Mania, y este deseo era á la vez ardiente y cándido .., rojo y blanco, lo mismo que todo en aquel delicioso y bonito jardín.

¿Vendrá?.. se preguntaba. ¿Debería interpretar como un reto ó como una burla ó como una promesa las palabras que Mania le había dirigido antes de montar en el coche en la plaza Massena? Su insistencia en llamar la atención de Santiago en la batalla de flores, y luego en la de *confetti*, ¿era un capricho, ó un verdadero deseo de volver á verle?.. ¿Pensaba Mania en él como él pensaba en ella?.. Mientras se preguntaba todo esto, invadía su cerebro una iluminación de brillantes esperanzas, y en las llamaradas de las linternas venecianas le parecía ver radiante levantarse la aurora del amor que empieza. El torbellino del baile le llevaba de un lado á otro, y en medio de los violentos movimientos de los que bailaban y de las vibraciones de la orquesta, el recuerdo de Teresa no era más que una confusa imagen en una neblina muy lejana.



Los empleados cerraban las portezuelas; sonaba el timbre; Santiago abrazó y besó á Teresa tiernamente, y bajó del es'ribo

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

UTILIZACIÓN DE LOS TRANVÍAS EN AMÉRICA

El número de viajeros que utilizan los tranvías en las grandes ciudades americanas, y sobre todo el de los que utilizaron los de Chicago durante el último



Fig. 1. Un tranvía eléctrico, visto de frente, en Chicago, el día 9 de octubre de 1893 (*Chicago day*). De una fotografía instantánea

mes de la Exposición universal, es superior á cuanto pueda imaginarse aun en las más populosas ciudades de nuestro continente.

Las tres compañías de Chicago, por ejemplo, transportaron desde 1.º de mayo á 1.º de noviembre de 1893 un total de 176.921.000 pasajeros, y durante todo el año 1892 un total de 233.000.000. Durante el mes de octubre de 1893 han circulado por aquellas líneas 33.396.000 viajeros, ó sea más de un millón cada día, lo cual corresponde á un ingreso diario de 250.000 pesetas, pues el precio del pasaje es de 5 centavos, ó sean 25 céntimos.

El día de mayor movimiento fué el 9 de octubre, el llamado día de Chicago (*Chicago day*), en que el número total de viajeros en las tres líneas alcanzó la cifra de 1.466.298.

En aquel día los tranvías eléctricos que pasaban por delante de las puertas de la Exposición eran tomados materialmente por asalto y los coches se llenaban del modo que indican los grabados que reproducimos: por ellos se ve que en aquella ciudad los vehículos públicos pueden siempre recibir un pasajero más, á su riesgo (*help yourself*), por supuesto, con tal de que haya un sitio libre en el estribo ó en el techo. ¿Por qué, pues, en estas condiciones no introducir los tranvías con imperial? Esta sería la consecuencia lógica del estado de cosas revelado por el *Chicago day*, y es muy probable que antes de poco se introduzcan tales vehículos. El número de coches que prestaron el servicio de la Exposición fué de 134, de ellos 61 con motor eléctrico y 73 remolcados, sin contar con el *elevated*, los barcos y los trenes expresos especiales, llamados trenes de ganado por la falta de comodidades, que organizó el *Illinois Central* para poner en comunicación el centro de la ciudad con la Exposición, distante 15 kilómetros, que se recorrían en 15 minutos.

Justo es añadir que el *Chicago day* fué un día excepcional bajo muchos conceptos, que el número de visitantes de la Exposición se elevó á 761.942 y que todos los medios eran buenos para transportar tan numerosa muchedumbre, ansiosa de gozar de los espectáculos que al público ofrecía la Exposición el día 9 de octubre.

Pero aun en tiempo ordinario los medios de transporte previstos exceden en mucho á lo que nosotros estamos acostumbrados: así por ejemplo en *State street*, una de las calles más frecuentadas de Chicago, los trenes de tranvías con cables se suceden, en las horas de mayor movimiento con 20 segundos de intervalo: cada tren se compone de un coche que remolca otros dos, y los tres coches juntos representan, teniendo en cuenta los estribos longitudinales, en donde van también pasajeros, 150 pasajes por tren, ó sean 450 por minuto ó 27.000 por hora. En las horas de salida de oficinas y teatros los tranvías son rápidamente invadidos; pero gracias á la tracción mecánica, que permite proporcionar instantáneamente la fuerza necesaria, el servicio está siempre asegurado y se hace con una rapidez y una comodidad admirables.

E. HOSPITALIER

LA LOCOMOTORA ELÉCTRICA DE J. J. HEILMANN

La locomotora eléctrica de J. J. Heilmann, de la que tanto ha hablado la prensa francesa de tres años á esta parte, ha recibido por fin la sanción de la experiencia.

El proyecto inicial que el autor expuso ante la sociedad de Electricistas y la de Ingenieros civiles á principios de 1891, tenía por objeto poner en circulación por las vías férreas ordinarias trenes que tuvieran todas las ventajas de la tracción eléctrica, á saber: suavidad en el movimiento, gracias á la supresión de movimientos alternativos; realización de grandes velocidades; accionamiento de un número de ejes motores suficientes para hacer que la adherencia fuese perfecta, etc. A este fin proponía el autor un tren constituido por vehículos eléctricos que recibían la corriente de una dinamo especial, accionada por una máquina de vapor, colocado todo ello en un coche que formaba parte del tren. La corriente eléctrica sólo intervenía, por consiguiente, como medio de transmisión entre el motor de vapor y los ejes de los vagones, asegurando al conjunto la estabilidad, la adherencia, la potencia y la flexibilidad necesarias para satisfacer las múltiples exigencias de la tracción en las condiciones tan variables de establecimiento de la vía y de naturaleza del tráfico (trenes de mercancías, mixtos, expresos, etc.)

La realización material de este proyecto inicial encontraba grandes dificultades, principalmente á causa de las modificaciones que exigía en todo el material móvil; en vista de lo cual su autor lo ha simplificado, limitándolo á una locomotora eléctrica que contiene su caldera, su máquina de vapor y su dinamo generatriz, y utilizando la energía eléctrica producida en motores eléctricos accionados por los ejes.

Este conjunto constituye un *tractor* independiente capaz de remolcar un material ordinario y que puede reemplazar á una locomotora común. Esa locomotora, única en su género, ha sido ensayada recientemente entre el Havre y Beuzeville-Breauté.

Los experimentos realizados, que no son sino una parte del largo programa progresivo trazado por la compañía de los ferrocarriles del Oeste de Francia, han demostrado que la locomotora de J. J. Heilmann puede remolcar un tren de 50 toneladas, con una velocidad de 55 kilómetros por hora en una pendiente de 8 milímetros por metro y con la de 80 kilómetros por hora en una pendiente de 3 milímetros por metro. El examen de los trazados mecánicos efectuados por los aparatos registradores instalados en el vagón dinamométrico colocado detrás de la locomotora y las determinaciones hechas en la locomotora misma dirán en qué condiciones de potencia han sido logrados estos resultados y hasta qué punto este sistema de tracción presenta ventajas sobre la locomotora ordinaria que con ella pretende reemplazar su autor en determinados casos. De todos modos es evidente que las previsiones de J. J. Heilmann se encuentran en parte realizadas y que los resultados obtenidos son recompensa justa de los enérgicos y perseverantes esfuerzos por el mismo realizados: si las demás pruebas que han de verificarse corresponden á las ya verificadas, podrá decirse que se ha dado un gran paso para el establecimiento de la tracción eléctrica en los ferrocarriles. — X.

* * *

PROYECTO DE EXPEDICIÓN ANTÁRTICA

Multitud de expediciones metódicamente organizadas han dado á conocer los caracteres principales de las regiones árticas, y en cambio un espeso velo de profundo misterio cubre todavía las tierras antárticas; una gran parte de nuestro globo correspondiente al polo Sur permanece completamente desconocida por ser muy pocas las expediciones que se han dirigido hacia los mares australes.

El honor de la primera de ellas corresponde á la marina francesa: en 1772, de Kerguelen descubrió

las islas que llevan su nombre; poco tiempo después Cook logró penetrar hasta los 71° 10' de latitud Sur, en el Sur de América, y en 1823 Weddel llegó hasta el grado 74. En 1841 y 1842 James Ross descubrió la tierra Victoria y llegó más allá del grado 78, latitud á la que nadie ha llegado posteriormente. Casi en la misma época (1839 y 1840) Wilkes y Dumont d'Urville descubrieron las tierras situadas al Sur de Australia. Hasta el presente, Dumont d'Urville y Ross son los únicos que han podido desembarcar en una tierra austral situada más allá del círculo antártico, y sus obras, que cuentan más de cincuenta años, son aún actualmente los únicos documentos verdaderamente científicos que acerca de tales tierras poseemos. En 1874 el *Challenger*, en su memorable crucero, visitó las inmediaciones de esa región cerrada y es el único vapor que ha pasado el círculo antártico.

Hace algunos años, M. Nordenskiöld se propuso consagrar su profunda experiencia de los viajes polares á la exploración de las tierras antárticas; pero por desgracia la insuficiencia de recursos impidió la realización de este proyecto. En la actualidad el mundo científico inglés se agita para determinar la organización de una gran expedición al polo Sur. En 1891 algunos balleneros escoceses fueron á pescar los mamíferos marinos al Sur del cabo de Hornos, y el interés de las observaciones hechas por dos naturalistas que en aquellos buques se embarcaron ha excitado poderosamente la curiosidad del público científico inglés, hasta el punto de haber planteado Mr. John Murray ante la Sociedad de Geografía de Londres la cuestión de una exploración á las regiones australes. Nadie podía hacerlo con más competencia y autoridad que el sabio encargado de la magistral publicación del *Challenger* y que tomó una parte tan importante en aquella expedición. Después de la lectura de una sabia memoria de Mr. Murray sobre el estado de nuestros conocimientos de las tierras antárticas, promovióse una brillante discusión entre los más eminentes representantes de la ciencia inglesa, y todos á una han decidido que la Sociedad de Geografía debía ponerse al frente del movimiento y hacer un llamamiento á la opinión pública y al gobierno para organizar una expedición científica á las tierras antárticas.

El interés de tal empresa está fuera de toda duda. Según Mr. Murray, alrededor del polo Sur debe existir una masa continental tan extensa como la Australia, en la cual se producen, en proporciones ma-

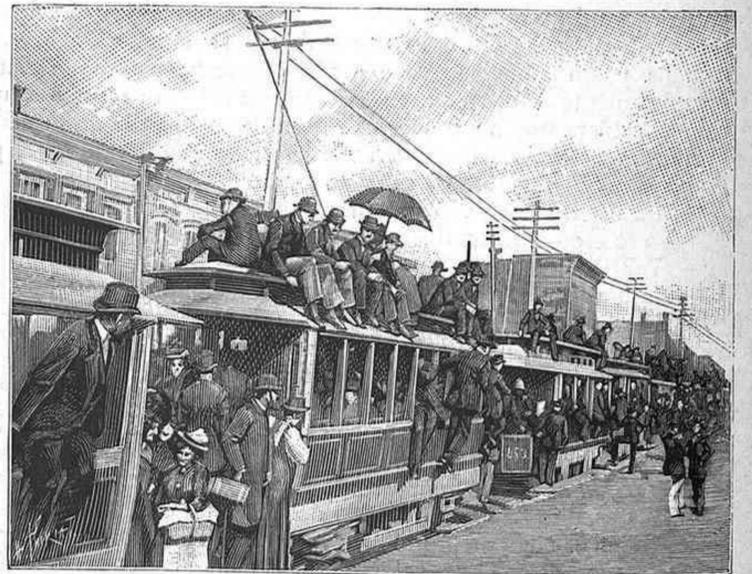


Fig. 2. Fila de tranvías eléctricos en Chicago el día 9 de octubre de 1893. De una fotografía instantánea

gestuosas, los dos fenómenos geológicos más interesantes y diversos, el fenómeno glacial y el volcánico. De la enorme masa de hielo que cubre la tierra Victoria una parte muy importante desborda en el mar, en donde forma una pared de 50 á 75 metros de altura sobre el nivel del agua y de un espesor que no debe ser menor de 400 á 500 metros. En una distancia de 300 millas Ross ha podido trazar el contorno de esa colosal barrera cristalina, y el mismo navegante descubrió debajo de ese mar de hielo volcanes en actividad que se elevaban cerca de 4.000 metros. El estudio de esos hielos y de esa actividad interna enriquecerá á la geología con preciosas observaciones, como lo ha indicado muy acertadamente Mr. Murray, y las demás ramas de la ciencia podrán también sacar provechosas enseñanzas de esa exploración antártica.

CARLOS RABOT

(De *La Nature*)

D. EMILIO ARRIETA

El ilustre compositor, cuya pérdida hoy llora y llorará aún por mucho tiempo el arte español, nació en Puente la Reina (Navarra) en 21 de octubre de 1823, y muy joven todavía pasó á Milán, en cuyo Conservatorio y bajo la dirección del maestro Vaccai recibió sólida instrucción musical, que dió por primer resultado la ópera *Ildegonda*, representada con gran aplauso en el citado establecimiento y después en varios teatros de Italia, en el San Carlos de Lisboa, en el particular del palacio real de Madrid y en el teatro Real. Terminados sus estudios en el Conservatorio milanés, habiendo conseguido el primer premio de composición, regresó á España y fué nombrado profesor de la reina y compositor de su Real Cámara y teatro. Desde entonces no abandonó ya su patria, escribiendo multitud de zarzuelas que son otras tantas joyas de nuestra música nacional, entre ellas *El dominó azul*, *La conquista de Madrid*, *La dama del rey*, *El grumete*, *Dos coronas*, *La vuelta del corsario*, *Los novios de Teruel*, *De Madrid á Biarritz*, *Llamada v*



D. EMILIO ARRIETA, † II de febrero de 1894

tropa, *El potosí submarino*, *Las manzanas de oro*, *Un sarao y una soirée*, *La guerra santa*, *San Franco de Sena* y sobre todo *Marina*, verdadera perla musical, convertida más tarde en ópera en tres actos que cantó el ilustre Tamberlik.

Compuso también varias hermosas cantatas con letra de Zorrilla, Hurtado, Martínez Pedrosa, Blasco y Ayala, con quien le unía una amistad entrañable.

Sus obras tienen toda la dulzura, todo el sentimiento de la música italiana, pero esto no impide que sus composiciones tengan verdadera originalidad y algunas de ellas un colorido puramente español.

Estaba condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica, fué miembro de la Academia de San Fernando, consejero de Instrucción pública y director de la Escuela Nacional de Música y Declamación.

D. Emilio Arrieta fué uno de los primeros, si no el primero de los representantes de las glorias musicales de España en el presente siglo y puede y debe figurar dignamente entre los primeros maestros del mundo.

¡Descanse en paz!

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EPLORRENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y sano

ELIXIR DE PROTOCLORURO DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS
 DE VIVAS PEREZ

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 81, Rue de Seine.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

La medicación más poderosa que puede emplearse en la curación de las afecciones CLORÓTICAS, ESCROFULOSAS y TUBERCULOSAS (colores pálidos, tumores fríos, menstruaciones difíciles, pérdidas blancas) ANEMIA.
 El mejor fortificante para los temperamentos linfáticos, débiles y empobrecidos.
 De venta en todas las farmacias del mundo.
 Depósito general: Almería, Farmacia de VIVAS PEREZ

APIOL
 de los D^{tes} JORET & HOMOLLE
 El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las EPOCAS, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D^{tes} JORET & HOMOLLE.
 MEDALLAS Exp^{tes} Univ^{tes} LONDRES 1882 - PARIS 1889
 Far^{ma} BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
 ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

Jarabe de Digital de LABELONYE
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Las Personas que conocen las **PILDORAS del D^r DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. • de PEPSINA BOUDAULT VINO • de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. • de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al vino de Quina de Aroud.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
 EXIJASE el nombre y la firma AROUD

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os} 102, R. Richelieu, Paris.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
 MONTANER Y SIMON, EDITORES

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

PALIQUE, por *Leopoldo Alas*. - Los artículos contenidos en esta colección, clasificados su autor en tres secciones: revistas literarias, sátira (nombre que emplea Clarín por no usar el de ensalada) y palique, y en cada una de ellas el Sr. Alas, en el estilo festivo y familiar de sus primeros tiempos, estudia multitud de asuntos y cuestiones interesantes para todos los aficionados á literatura, con ese ingenio y ese espíritu elevado é imparcial, que á muchos parecerá á veces un tanto duro, que con razón le han conquistado uno de los principales puestos entre los que ejercen la crítica moderna. Como en todos los libros del catedrático de la Universidad de Oviedo, hay en éste algo y aun algos que aprender, y las enseñanzas que de los artículos se desprenden son fácilmente asimilables aun para el más refractario al género cultivado por Clarín, porque, como hemos dicho, están expuestas en lenguaje llano y ameno y sazonadas con buena dosis de gracia. En suma, la bondad de *Palique* es tan palmaria y los méritos del Sr. Alas tan conocidos, que hablando de este libro y del autor nos parecería ofensa echar mano de esos lugares comunes y de esos epítetos con que tan á menudo se ensalza á los que escriben.

Palique ha sido editado por D. Victorino Suárez y se vende á 3 pesetas en Madrid y 3'50 en provincias.

MONOGRAFIA DE LA PARROQUIA DE SANT JULIÁ DE ALTURA, por *D. José Soler y Palet*. - Con esta monografía comienza su autor la que titula «Biblioteca Histórica Tarrasense», en la cual se propone escribir en trabajos parciales la historia de la antigua Egara, siguiendo de esta suerte el procedimiento de la literatura histórica moderna, único hoy admisible, dados el vuelo que han tomado los descubrimientos y la natural exigencia del hombre de estudio, que pide documentos y hechos auténticos y pocos comentarios y disquisiciones en que la imaginación entra por mucho. La monografía que nos ocupa es un estudio completo de la antiquísima parroquia de Sant Juliá de Altura, que existe próxima á Tarrasa, y del territorio que abarca, y con razón dice en el prólogo el Rdo. P. Jaime Collell, de nombre tan justamente celebrado en la literatura catalana, que si la excelente idea y el magnífico proyecto del Sr. Soler tuvieran muchos imitadores, con la publicación simultánea de estas que podríamos llamar *Analecta* de la historia patria nos encontraríamos pronto en posesión de un cúmulo de documentos de gran importancia para la historia general de nuestra nacionalidad. La monografía del Sr. Soler y Palet véndese al precio de 2 pesetas en la librería Verdagner (Rambla del Centro, 5) y en la imprenta de Utset y Juncosa, calle de la Font Vella, 30, Tarrasa.



Doncel florentino, acuarela de José Moragas Pomar

DOCUMENTOS HUMANOS, por *Carlos Frontaura*. - En la notable colección ilustrada que publica en Madrid el Sr. Fernández Lasanta, y en la que figuran obras de Cavia, Taboada, Palacio, Clarín, Matoses y otros no menos celebrados escritores, notábase un vacío, faltaba entre aquellos nombres el del que casi merece ser llamado el decano de todos ellos, del festivo escritor probablemente más leído de nuestra patria, del fundador de *El Cascabel*, uno de los periódicos que más boga han alcanzado en España, del autor que ha visto multitud de sus producciones traducidas al portugués, al francés y al alemán y del que ha alcanzado justa fama por sus libros, por sus periódicos y por sus obras teatrales. *Documentos humanos* ha venido á llenar aquel vacío y á enmendar aquella falta, y mucho ha de agradecer el público al editor la publicación de los preciosos artículos coleccionados en el libro del Sr. Frontaura, que son pintura exacta de tipos y escenas tomados de la vida práctica y reproducidos con gran verdad y con una cultura y gracia superiores á todo encomio. El nombre del Sr. Frontaura hace innecesarios los elogios, y por si no fuera bastante el atractivo que él solo ejerce, va en *Documentos humanos* en compañía tan buena como la de Angel Pons, el tan celebrado caricaturista que por derecho propio ha llegado á ser el dibujante indispensable en esa clase de obras y que, como siempre, hace en este libro verdadero derroche de ingenio y prueba una vez más su talento observador y su habilidad técnica. *Documentos humanos* se vende en las principales librerías á 3'50 pesetas.

EL HIELO QUE SE CONSUME EN BALPARAÍSO, por *A. E. Salazar y Q. Newman*. - Los autores de este folleto, de quienes nos hemos ocupado en varias ocasiones, hacen en él un estudio de gran interés sobre la composición del hielo que se consume en la capital chilena, resultando del análisis que el hielo de allí, como el de casi todas partes, dista mucho de ser puro y no debería ponerse en contacto directo con los alimentos y bebidas, sino usarse para enfriar los recipientes que los contengan. El trabajo de los señores Salazar y Newman forma parte de las actas de la *Société Scientifique de Chili*, y en él continúan sus autores usando la ortografía reformada, como por el título habrán podido observar nuestros lectores.

LOS INCENDIOS, por *E. Martínez Díaz*. - Evitar los incendios y sofocarlos apenas se inician, he aquí el objeto que se propone el autor de este folleto; para ello da una serie de consejos utilísimos y hace multitud de observaciones muy atinadas, teniendo especial interés las referentes á medidas preventivas, medios de contención, salvamentos en los domicilios y manera de desalojar las salas de espectáculos. El folleto ha sido impreso en Madrid, imprenta de Avrial (San Bernardo, 92).

PATE EPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas* y *escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRE, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la Firma AROUD

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis**, **gastraljias**, **dolores** y **retortijones** de estómago, **estreñimientos rebeldes**, para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazón**, la **epilepsia**, **histéria**, **migraña**, **baile de S.-Vito**, **insomnios**, **convulsiones** y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, **todas las afecciones nerviosas**.

Fábrica, Especiones: **J.-P. LAROZE & C^o**, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los **SERS PREDICADORES**, **ABOGADOS**, **PROFESORES** y **CANTORES** para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo el nombre
Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES
del
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo el nombre y Firma de **J. FAYARD**.
Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, **CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS**, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores **Laënnec**, **Thénard**, **Guersant**, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababolos, conviene sobre todo á las personas delicadas; como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES** del PECHO y de los **INTESTINOS**.

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

El mejor y mas célebre polvo de tocador

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN